

Capítulo 12-El programa de estudios del Espíritu Santo.

Introducción: La estrategia del ego

En el Capítulo 12 vemos otro cambio significativo en la escritura, como habíamos visto en el Capítulo 5, como si Jesús cambiase a una velocidad

superior tanto en el idioma del Curso como en su contenido. Si bien es claramente el mismo material que se repasa a medida que se desarrolla la

sinfonía, hay una profundidad cada vez mayor al discutir el sistema de pensamiento del ego y la corrección del perdón. El tema principal aquí es el

Espíritu Santo, con un enfoque específico en la primera sección sobre Su

juicio y cómo difiere del ego. A lo largo de Un Curso de Milagros, se habla

del Espíritu Santo como la Respuesta a la separación, la Corrección.

Pero si

vamos a hablar de Él como la Corrección y la Respuesta, primero tenemos

que discutir qué es lo que Él corrige. Esto nos lleva a una discusión sobre el

ego y su estrategia.

Comenzamos con el método en la locura del ego. Como hemos discutido

repetidamente, que el sistema de pensamiento del ego evolucionó como un

plan brillantemente concebido para mantener al Hijo de Dios sin mente. El

gran miedo del ego era que el Hijo podría en algún momento darse cuenta

de su error al elegirlo, cambiar su mente y elegir el Espíritu Santo como su

Maestro en lugar suyo. Para asegurarse de que esto nunca suceda, el ego

expulsó al Hijo de su mente hacia el mundo, enraizándolo para siempre en

el mundo corporal con sus multitudinarios problemas que requieren atención. Así, el Hijo nunca podría volver a la mente que es la fuente del

único problema real, así como su deshacimiento. Esta ingeniosa estrategia es la que vemos expresada en los siguientes pasajes:

(II.2: 1-4) La luz brilla en todos ellos ["Los que están enfermos" del párrafo anterior] con igual intensidad, independientemente de cuán densa sea la niebla que la oculta. Si no le otorgas a la niebla ningún poder para ocultar la luz, no tiene ninguno. Pues sólo tiene poder si el Hijo de Dios se lo confiere. Y debe ser él mismo quien le retire ese poder, recordando que todo poder es de Dios.

La niebla oscura es el sistema de pensamiento del ego, representado en el cuadro de la mentalidad-errada del gráfico (ver el Apéndice). Es la impía del pecado, la culpa y el miedo, equiparada aquí con la enfermedad, y Jesús nos está enseñando que la niebla del ego no tiene poder sobre nosotros. Literalmente es nada, derivando su aparente fuerza de la creencia del Hijo en ella (representada por el punto en la parte superior de la mente dividida), el poder de la mente para decidir por el ego o el Espíritu Santo. El error del tomador de decisiones es el único problema, el cual establece la salvación como simplemente a la mente cambiando su elección errónea, como ahora leemos:

(III.5: 1-2) La salvación es para la mente, y se alcanza por medio de la paz. La mente es lo único que se puede salvar, y sólo se puede salvar a través de la paz.

Dado que la mente es el lugar del problema y la respuesta, ésta es el foco central de Un Curso de Milagros. Nuestras mentes, por lo tanto, deben salvarse de haberse identificado con su decisión de tomar al ego como real y al Espíritu Santo como falso. Como nunca es el mundo o el cuerpo lo que tiene que ser salvado, el ego evolucionó su sistema de pensamiento cuidadosamente diseñando la estrategia de la ausencia de mente para

asegurarse que la verdadera salvación nunca ocurra. Este capítulo presenta una de las declaraciones más claras (y en realidad la primera declaración en el texto) del tema importante de buscar y hallar, que el ego usa para mantenernos sin mente. El título de la sección IV, "Buscar y hallar", a la que ahora nos dirigimos, tiene su origen en la famosa declaración del Sermón de la Montaña donde Jesús dice: "Buscad y hallaréis" (Mateo 7:7b, 8b). Esa línea es citada anteriormente en el texto, pero esta es la primera declaración completa del uso del ego de ésta como un principio. De hecho, de los cientos de referencias bíblicas y alusiones en el Curso, esta es, con mucho, la más citada. Tiene la clave para comprender el sistema de pensamiento del ego, lo que hace que buscar y hallar sea uno de los temas más importantes de nuestra sinfonía. Buscar y hallar.

(IV.1: 1) El ego está seguro de que el amor es peligroso, y ésta es siempre su enseñanza principal. El ego no sabe qué es el amor, por lo que Jesús realmente se refiere al miedo del ego a que la mente elija el amor. Si el Hijo retira su lealtad al ego, siguiendo el principio de uno u otro, debe ubicar su lealtad en otra cosa: el Espíritu Santo. El ego no sabe que el Espíritu Santo es el recuerdo del Amor de Dios, pero sabe que, si el Hijo ya no cree en el ego, desaparecerá y su niebla de culpa lo hará también. Por necesidad, entonces, la enseñanza central del ego es que el amor es peligroso. Para que esto sea así, el ego debe alterar el amor, equiparándolo con una iracunda venganza por lo que el Hijo aparentemente le ha hecho a su Creador (vea el cuadro de la mentalidad-errada en el gráfico). Continuando con su plan, el ego entierra

el Amor de Dios, del cual no sabe nada, y erige en su lugar, la idea de que un Dios vengativo exige el sacrificio de Su Hijo. Esto pone en marcha el defensa de un mundo sin mente de cuerpos separados en el que el Hijo busca esconderse, con la esperanza de que Dios nunca lo encontrará allí.

(IV.1: 2-4) Nunca lo expresa de ese modo. Al contrario, todo el que cree que el ego es la salvación parece estar profundamente inmerso en la búsqueda del amor. El ego, sin embargo, aunque alienta con gran insistencia la búsqueda del amor, pone una condición: que no se encuentre. Sus dictados, por lo tanto, pueden resumirse simplemente de

esta manera: "Busca, pero no halles".

El amor que el ego busca fervientemente es lo que luego se designa como amor especial. Presagiado aquí, y nuevamente en el Capítulo 13, la relación

especial no aparece como un tema completo hasta el Capítulo 15. En estas extrañas negociaciones que forjamos entre nosotros, buscamos el amor que creemos que nunca recibimos de nuestros padres. De hecho, los padres de

nadie son perfectos, y ciertamente nunca podrían satisfacer las necesidades de sus hijos todo el tiempo. A medida que crecemos, buscamos continuamente a otros para que nos proporcionen el amor que nunca recibimos de

niños. Sin embargo, lo que hay detrás de esta búsqueda es nuestra búsqueda de un amor para reemplazar el verdadero amor que creemos que

arrojamos lejos en el instante de la separación, que el ego nos dijo que nunca lo encontraríamos de nuevo. Buscamos y buscamos y buscamos, pero estamos

buscando en el lugar equivocado porque el amor solo se puede encontrar en la mente correcta, la cual el ego ha cubierto con su sistema de pensamiento

de un amor para reemplazar el verdadero amor que creemos que arrojamos lejos en el instante de la separación, que el ego nos dijo que nunca lo encontraríamos de nuevo. Buscamos y buscamos y buscamos, pero estamos

buscando en el lugar equivocado porque el amor solo se puede encontrar en la mente correcta, la cual el ego ha cubierto con su sistema de pensamiento

de un amor para reemplazar el verdadero amor que creemos que arrojamos lejos en el instante de la separación, que el ego nos dijo que nunca lo encontraríamos de nuevo. Buscamos y buscamos y buscamos, pero estamos

buscando en el lugar equivocado porque el amor solo se puede encontrar en la mente correcta, la cual el ego ha cubierto con su sistema de pensamiento

de un amor para reemplazar el verdadero amor que creemos que arrojamos lejos en el instante de la separación, que el ego nos dijo que nunca lo encontraríamos de nuevo. Buscamos y buscamos y buscamos, pero estamos

de culpa y odio, y aún más, con un mundo de culpa y odio. Este último es el hogar del especialismo que nos ofrece la promesa de amor, pero que nunca cumple. De hecho, ningún amor que hemos logrados aquí ha durado, ni nunca cumplió los ideales que soñamos en nuestras fantasías. Al crear un mundo lleno de cuerpos especiales de los que buscamos canibalizar el amor, el ego ha erigido una enorme cortina de humo (vea la parte inferior izquierda del gráfico) para que busquemos continuamente el amor aquí, pero que nunca lo encontremos. El ego proporciona las razones para este fracaso: otras personas, el mundo, incluso Dios. En última instancia, el ego nos dice que la culpa radica en nosotros, por lo que somos conducidos fuera de nosotros mismos para encontrar algo especial para llenar la falta interna causada por el pecado. De esta manera, estamos locamente impulsados a encontrar el amor en el mismo lugar en el que no se puede encontrar: el cuerpo.

(IV.1: 5-6) Ésta es la única promesa que el ego te hace y la única que cumplirá. Pues el ego persigue su objetivo con fanática insistencia, y su juicio, aunque seriamente menoscabado, es completamente coherente.

Lo único positivo que se puede decir sobre el ego, en la misma medida en que se podría decir algo positivo sobre un sistema de pensamiento tan cargado de culpa y miedo, es que es coherente. Desde el principio, está lleno de odio y de un anhelo de separación y especialismo, expresando la intención del ego de construir un culto a la individualidad. Este pensamiento original es la fuente del mundo de la materialidad, y como las ideas no abandonan su fuente, el ego es coherente en su promesa de que

nunca encontraremos amor aquí, sino solo miedo, culpa y odio. A veces pensamos que hemos encontrado el amor, pero acechando detrás de sus velos de especialismo está siempre el odio. Volveremos a este tema en capítulos posteriores.

(IV.2: 1-2) La búsqueda que el ego emprende está, por lo tanto, condenada al fracaso. Y como también te enseña que él es tu identidad,

su consejo te embarca en una jornada que siempre acaba en una percepción de auto-derrota.

Es importante entender que cuando elegimos el sistema de pensamiento del

ego nos convertimos en ese sistema de pensamiento y ya no somos el Ser de

Cristo (espíritu) que Dios creó. Ya ni siquiera nos identificamos como el tomador de decisiones de la mente, sino como el Hijo separado y pecador,

buscando desesperadamente el especialismo que creemos que nos completará, y que nunca encontraremos. Cuando nuestra búsqueda resulta

en un inevitable fracaso, inmediatamente culpamos al cuerpo, al nuestro o

al de otro, pero nunca a la mente que eligió el ego en primer lugar y que

todavía lo elige.

(IV.2: 3-4) Pues el ego es incapaz de amar, y, en su frenética búsqueda de amor, anda en pos de lo que teme encontrar. La búsqueda es inevitable porque el ego es parte de tu mente, y, debido a su origen, él no está totalmente dividido, pues, de lo contrario, carecería por completo de credibilidad.

Recuerda que no hay espacio para la individualidad dentro del amor perfecto y todo-abarcador, y que ciertamente no hay lugar para el especialismo. Elegir este amor significa el fin del ego, ya que este deriva su

poder únicamente de nuestras mentes y, por lo tanto, está conectado a

nosotros a través del tomador de decisiones. El miedo del ego es que recordemos nuestro poder de decisión, que nos demos cuenta de nuestro

error y que retiremos la creencia en el falso ser. El problema nunca es nuestra culpa ni la de los demás, sino la creencia de la mente en la culpa.

Este, de nuevo, es por qué el pensamiento detrás de la estrategia de proyección y odio del ego es mantener al Hijo de Dios sin mente.

(IV.2: 5-6) Tu mente es la que cree en él y la que le otorga existencia. Sin embargo, es también tu mente la que tiene el poder de negar su existencia, y eso es sin duda lo que harás cuando te des cuenta exactamente de la clase de jornada en la que el ego te embarca.

Encontramos aquí una declaración clara de nuestro tema: es la mente la que

cree en el ego y le da existencia. Este pasaje también refleja el tema central

del perdón: mirar el ego y revelar su estrategia secreta, el viaje que nos

lleva al infierno de la ausencia de mente. El miedo del ego es que miremos

dentro de la mente errada y veamos que no hay nada allí, que nuestro mundo está construido sobre esta nada. Al ver esto, ¿cómo no podríamos

elegir en su contra?

(IV.3: 1-2) Es sin duda obvio que nadie quiere encontrar lo que le derrotaría por completo. El ego, al ser incapaz de amar, se sentiría totalmente perdido en presencia del amor, pues no podría responder en absoluto.

Debido a que el amor es perfectamente uno, nuestra identificación con él

marca la derrota del ego, la parte de nosotros que cree en la separación.

Como no hay "otro" en el amor, no hay necesidades que demanden satisfacción, y no hay espacio dentro del amor para el sistema de pensamiento del ego de amor y odio especial. En el amor verdadero no hay

un cuerpo que suplique desesperadamente: "Préstame atención a mí y a mis

necesidades físicas y emocionales. De lo contrario, moriré. En el instante

santo, en el que se encuentra el recuerdo del amor, no hay cuerpo y, por lo

tanto, no hay ego.

(IV.3: 3-5) Tendrías entonces que abandonar su dirección, puesto que sería evidente que no te puede enseñar la respuesta que necesitas. El ego, por lo tanto, distorsionará el amor, y te enseñará que él te puede proveer las respuestas que el amor en realidad evoca. Si sigues sus enseñanzas, pues, irás en busca de amor, pero serás incapaz de reconocerlo.

Esto nos dice por qué nosotros, como egos, hacemos las cosas increíblemente mal-adaptativas que hacemos. Nos ayuda a entender que el propósito del mundo es tener un lugar donde busquemos el amor, pero que

nunca lo encontremos. Además, las razones por las que fallamos en el mundo serán erróneas porque ocultan la fuente real de nuestro fracaso:

nuestra búsqueda en el lugar equivocado. El amor solo se puede encontrar

dentro, el lugar del Espíritu Santo Que es el Pensamiento de Amor que nos

saca del sueño del amor distorsionado.

(VII-6: 1-6) Yo soy la manifestación del Espíritu Santo y cuando me veas, será porque lo has invitado a Él. Pues Él te enviará Sus testigos solo con que desees verlos. Nunca te olvides de que siempre ves lo que

buscas, pues lo que buscas lo encontrarás. El ego encuentra lo que busca y nada más. No encuentra amor porque no es eso lo que busca. Mas buscar es lo mismo que encontrar...

Si nos encontramos quejándonos de que no experimentamos a Jesús, debemos preguntarnos primero si realmente lo invitamos a nuestras mentes,

desde donde lo habíamos desterrado cuando elegimos el ego como nuestro

maestro. Dado que está dentro de la mente, si no lo hemos encontrado, es

porque no lo hemos buscado. En cambio, buscamos el sistema de pensamiento de separación del ego y eso es lo que encontramos.

Cuando

nosotros cambiamos nuestro propósito u objetivo, habremos cambiado nuestra experiencia - del miedo al amor, de la culpa a la paz; y habiendo

buscado el amor y la paz, los habremos encontrado.
Con Jesús como nuestro maestro, cambiamos el enfoque a la mente, la cual el ego nos dice que no tenemos. Recuerda que, para sacarnos de nuestras mentes, el ego inventó una historia que hablaba del peligro de permanecer dentro, no porque el amor estuviera allí sino porque la culpa y su demanda de castigo sí lo estaban. Se nos dice que la culpa está presente debido a nuestro pecado contra Dios, lo que significa una muerte segura en manos de esta deidad iracunda. Dado que la mente ahora está concebida para ser un campo de batalla, la única seguridad yace en el mundo que fabricamos y al que huimos. Esta dinámica de abandonar la mente es la proyección, la cual literalmente fabrica el mundo que vemos: la proyección da lugar a la percepción.
Mente - mundo: La proyección da lugar a la percepción.
Comenzamos con un párrafo del medio de "Cómo invertir en la realidad".
Este se centra en la idea que somos pobres porque hemos invertido en el ego.
(III.6: 1-2) Identificarte con el ego es atacarte a ti mismo y empobrecerte. Por eso es por lo que todo aquel que se identifica con el ego se siente desposeído.
Cuando nos identificamos con el ego sentimos su escasez, la ausencia del Amor de Dios. A través de la proyección, creemos que nuestra autopercepción de carencia no proviene de las decisiones que tomamos, sino porque alguien tomó lo que es legítimamente nuestro. En otras palabras, la escasez conduce a la privación: estamos sin paz porque alguien nos está

privando de ella. Esto justifica nuestro ataque a cambio y arraiga nuestra identidad en el cuerpo y el mundo donde creemos que se encuentra el ataque y donde se requiere nuestra defensa. La proyección nos ayuda olvidar que el mundo existe solo en nuestra mente engañada, la fuente de nuestra pobreza y experiencia de privación.

(III.6: 3-7) Lo que experimenta entonces es depresión o ira, ya que lo que hizo fue intercambiar su amor hacia Sí Mismo por odio hacia sí mismo, y como consecuencia de ello, tiene miedo de sí mismo. Él no se da cuenta de esto. Aun si es plenamente consciente de que está sintiendo ansiedad, no percibe que el origen de ésta reside en su propia identificación con el ego, y siempre trata de lidiar con ella haciendo algún "trato" demente con el mundo. Siempre percibe este mundo como algo externo a él, pues esto es crucial para su propia adaptación. No se da cuenta de que él es el autor de este mundo, pues fuera de sí mismo no existe ningún mundo.

Nuestra ansiedad no es causada por el mundo de los cuerpos, sino por el hecho de que nuestra mente ha elegido el ego: el intercambio de la culpa por el amor, de la depresión por la paz. La creencia de que seremos castigados por esa elección es inevitable. Los psicólogos han tratado de explicar esta ansiedad con una ingeniosa teoría tras otra, pero finalmente fallan porque no saben dónde buscar su fuente.

El pasaje anterior proporciona otra declaración clara de que no hay mundo fuera de nosotros porque este es nada más que una proyección de lo que creemos que está dentro de la mente: la culpa del odio a sí mismo o el perdón nacido del amor a Sí Mismo. Los "'trato[s]' demente[s]" que hacemos con el mundo se refiere a nuestras relaciones especiales, en las que intentamos manipular, seducir y obligar a otros a obtener lo que necesitamos de sus cuerpos, buscando encontrar nuestra culpa en ellos en

lugar de aceptar la responsabilidad por la decisión de la mente de unirse con el ego.

Jesús continúa su discusión describiendo la proyección de la mente dividida de sí misma:

(III.7: 3-5) Una mente dividida está en peligro, y el reconocimiento de que alberga dentro de sí pensamientos diametralmente opuestos es intolerable. Proyecta, por consiguiente, la división, no la realidad. Todo lo que percibes como el mundo externo no es otra cosa que tu intento de

mantener vigente tu identificación con el ego, pues todo el mundo cree que esa identificación es su salvación.

El miedo del ego es que la mente elegiría terminar su estado dividido eligiendo la cordura en lugar de la locura, el amor en lugar del miedo, la

Expiación en lugar de la separación. La proyección es la defensa principal

del ego, con la cual mantiene la división poniéndola afuera – forjando una

separación perpetua entre nosotros y nuestros hermanos – para que nunca

podamos ser devueltos adentro, donde seguramente la división se desharía.

Esta, entonces es la única pregunta significativa que podemos hacernos:

"¿Con qué me identifico?" Al identificarnos con el ego, creemos que es el

sistema de pensamiento de especialismo el que nos salvará de la aniquilación que es inevitable una vez que nos identifiquemos con el Amor

del Espíritu Santo, nuestra verdadera salvación.

Interrumpo este párrafo para presentar un pasaje posterior que desarrolla la

proyección de esta división interna:

(VII.7: 6-8) Cuando crees que estás proyectando lo que no deseas, es porque lo deseas. Esto conduce directamente a la disociación, puesto que representa la aceptación de dos objetivos, cada uno de los cuales se

percibe en un lugar diferente y separado del otro porque hiciste que

fueran diferentes. La mente ve entonces un mundo dividido fuera de sí misma, pero no dentro de ella.

El ego nos convence de deshacernos de nuestra culpa a través de la proyección, pero esto solo asegura que esta permanezca, oculta y sin cambios, lo cual es el deseo secreto del ego, porque la culpa preserva la

ilusión de que el pecado de la separación es real. De hecho, lo que hemos

hecho es disociar o separar el ego del Espíritu Santo, la mente errada de la

mente correcta. A cada lado, entonces, se le concede realidad, pero su oscuridad y luz se mantienen separadas, una división que se perpetúa por la

percepción de un mundo separado por el bien y el mal, víctima y victimario,

ya que lo que no se ve dentro no se puede corregir. Así, el ego nos cautiva

la atención para corregir afuera las injusticias que percibimos, mientras todo

el tiempo la injusticia interna es protegida de ser deshecha.

(VII.7: 9-11) Esto le da una ilusión de integridad y le permite creer que está yendo en pos de un solo objetivo. Sin embargo, mientras sigas percibiendo un mundo dividido, no habrás sanado. Pues haber sanado es ir en pos de un solo objetivo, al haber aceptado uno solo y no desear

más que uno solo.

Tenemos la ilusión de que estamos persiguiendo un objetivo unificado – el

éxito mundano, independientemente de su definición o forma – cuando

todo lo que realmente estamos haciendo es preservar la mente no sanada

que se divide entre el ego y el Espíritu Santo. Esto explica la insistencia de

Jesús en el Curso de que percibamos a nuestros hermanos como iguales, ya

que hacer que las diferencias en la forma sean reales y significativas oculta

el sistema de pensamiento de diferencias de la mente – Dios y Su Hijo son

diferentes – que es el ego. La curación de la separación, entonces, se convierte en imposible.

Volvemos ahora al párrafo anterior de "Cómo invertir en la realidad": (III.7: 6-9) Observa, sin embargo, lo que ha sucedido, pues los pensamientos tienen consecuencias para el que los piensa. Estás en conflicto con el mundo tal como lo percibes porque crees que el mundo es antagónico a ti. Ésta es una consecuencia inevitable para lo que has hecho. Has proyectado afuera aquello que es antagónico a lo que está dentro, y así, no puedes por menos que percibirlo de esa forma.

Proyectamos nuestro odio, ataque y culpa, los cuales son "antagonistas" de

lo que está en la mente: el principio de Expiación que nos recuerda el Amor

perfecto e indiviso de Dios. Como proyectamos odio, lo vemos en el mundo

y percibimos que el ataque viene de afuera. Al hacerlo, no podemos evitar

creer que el mundo es hostil y amenazante, y hemos olvidado que vemos

ataques solo porque los hemos puesto allí. San Juan de la Cruz, uno de los

verdaderos místicos del Cristianismo, dijo una vez: "Donde no hay amor,

pon amor, y allí encontrarás amor". Como la proyección da lugar a la percepción, el mismo principio es cierto para el ego: "Donde no hay culpa,

pon culpa, y allí encontrarás culpa". Pero como "ponemos la culpa allí", también podemos eliminarla cambiando nuestras mentes. Este proceso de

deshacer el sistema de pensamiento del ego invirtiendo la proyección, llevando dentro lo que se percibe fuera, es el papel del milagro, como explica la siguiente oración.

(III.7: 10) Por eso es por lo que debes darte cuenta de que tu odio se encuentra en tu mente y no fuera de ella antes de que puedas liberarte

de él, y por lo que debes deshacerte de él antes de que puedas percibir

el mundo tal como realmente es.

Esta es otra declaración de la estrategia del ego de hacer que la culpa y el

odio sean reales en el interior, derivados de la creencia de que atacamos a Dios. La mente tomadora de decisiones proyecta este pensamiento como la forma mal-adaptativa del ego de deshacerse de él. Vemos el odio a nuestro alrededor, sin darnos cuenta de que no ha abandonado su fuente en nuestras mentes, adonde el milagro nos lleva gentil-mente. Nos ofrece su visión para que podamos ver el mundo tal como realmente es: la proyección de la culpa de la mente o el odio a sí misma. El "mundo tal como realmente es", por otro lado, es una referencia al mundo real, que discutiremos más adelante en este capítulo.

(III.9: 1,7-10) El mundo que percibes es un mundo de separación. ... [El mundo] se compone de lo que tú no deseas, lo cual has proyectado desde tu mente porque tienes miedo de ello. Sin embargo, un mundo así sólo se puede encontrar en la mente de su hacedor, junto con su verdadera salvación. No creas que se encuentra fuera de ti, ya que únicamente reconociendo dónde se encuentra es como podrás tener control sobre él. Ciertamente tienes control sobre tu mente, ya que la mente es el mecanismo de decisión.

El propósito del mundo es confundirnos en cuanto a la fuente de los problemas y las soluciones. Nosotros fabricamos el mundo, y olvidando que

lo hicimos, lo percibimos como que éste nos controla, creyendo que estamos a merced de cosas más allá de nosotros y de fuerzas que no podemos controlar (T-19.IV-D.7:4). No hay forma de salir de esta desesperante situación, excepto a través del reconocimiento de que el mundo existe solo en la mente, lo que significa que es solo allí donde puede

ser controlado. Así es como Un Curso de Milagros nos ayuda a deshacer la estrategia del ego de la ausencia de mente y nos hace conscientes de nuestro poder de decisión.

(III.10: 1-2) Si reconocieses que cualquier ataque se encuentra en tu mente, y sólo en tu mente, habrías por fin localizado su origen, y allí donde el ataque tiene su origen, allí mismo tiene que terminar. Pues en ese mismo lugar reside también la salvación.

El propósito de Jesús para su curso es enseñarnos que tanto el problema

como la solución están en la mente y nunca abandonaron su fuente.

De ello

se deduce que sería inútil esforzarse por comprender los problemas en el

mundo fuera de la mente, y también buscar su corrección allí. El papel del

milagro es revertir la proyección de culpa, devolviendo la idea a la fuente,

por lo que ya no se ve afuera sino como el efecto de la decisión equivocada

de la mente tomadora de decisiones por el ego. Este tomador de decisiones

es el altar, como ahora leemos, en el que elegimos el regalo del Espíritu

Santo del recuerdo de Dios, o el regalo del ego del pecado, la culpa y el

miedo.

(III.10: 3-9) El altar de Dios donde Cristo mora está ahí. Tú has profanado el altar, pero no has profanado el mundo. Cristo, sin embargo, ha puesto la Expiación sobre el altar para ti. Lleva todas tus percepciones del mundo ante ese altar, pues es el altar a la verdad.

Ahí

verás tu visión transformarse y ahí aprenderás a ver verdaderamente.

Desde este lugar, en el que Dios y Su Hijo moran en paz y en el que se te

da la bienvenida, mirarás en paz hacia el exterior y verás el mundo correctamente. Mas para encontrar ese lugar tienes que renunciar a tu inversión en el mundo tal como lo proyectas, y permitir que el Espíritu Santo extienda el mundo real desde el altar de Dios hasta ti.

En nuestro pensamiento delirante creemos que hemos contaminado la mente, pero la culpa que ponemos allí es fácilmente deshecha cuando elegimos la Expiación. Una vez elegida, su santa luz brilla a través de nosotros, iluminando la percepción con una paz que no es de este mundo.

Con nuestra decisión por la mentalidad-correcta, las percepciones erróneas del ego son disipadas por la verdad, a la cual las hemos llevado. El deshacimiento total de la culpa de la mente marca el comienzo del mundo real, ya que habremos renunciado a toda inversión en la ilusión, dejando solo el reflejo de la verdad para guiarnos suavemente hacia la paz eterna de Dios.

(VII.5: 1) Ves lo que esperas ver y esperas ver aquello que invitas. Esto articula el importante principio de que la proyección da lugar a la percepción, y su mención aquí esboza las declaraciones literales en los Capítulos 13 y 21. Ya hemos discutido esta dinámica, pero su importancia en la sinfonía cacofónica del odio del ego merece un examen frecuente.

Nosotros primero miramos dentro, decidimos si el odio o el amor son reales

y luego proyectamos la decisión de la mente. Esperamos encontrar estos

pensamientos en el mundo porque los "movimos" de la mente, colocándolos

donde el cuerpo pueda percibirlos. Esta alucinación es convincente porque

el ego deja caer un velo de olvido en la mente, así que olvidamos que tanto

el odio como el amor no han abandonado su fuente interna.

(VII.5: 2-6) Tu percepción es el resultado de tu invitación, y llega a ti tal como la pediste. ¿De quién son las manifestaciones que quieres ver? ¿De qué presencia quieres convencerte? Pues creerás en aquello que manifiestes, y tal como contemples lo que está afuera, asimismo verás lo

que está adentro. En tu mente hay dos maneras de contemplar el mundo, y tu percepción reflejará el asesoramiento que hayas elegido.

La forma en que nos damos cuenta de qué elección hemos hecho adentro es

darnos cuenta de lo que estamos viendo afuera: ataque o perdón, intereses

separados o compartidos. Esta es la lección que Jesús nos enseña cuando lo elegimos como nuestro guía para el aprendizaje. Él nos instruye que lo que percibimos y hacemos realidad en el mundo viene de si hicimos real el ego o el Espíritu Santo en la mente. Solo hay dos maneras de ver que existen dentro de la ilusión – mirar a través de los ojos juiciosos de la culpa o la visión del perdón – porque solo hay dos maestros. Este tema central seguirá siendo desarrollado a medida que avanzamos a través de los diversos movimientos de la sinfonía de milagros de Jesús.

(VII.7: 1) Dije anteriormente que lo que proyectas o extiendes depende de ti, pero tienes que hacer una u otra cosa, ya que ello es una ley de la mente, y antes de mirar afuera tienes que mirar adentro. Nuevamente, solo tenemos dos opciones: el ego o Dios; proyectar auto-odio y miedo, o extender amor y perdón. La elección que hacemos en la mente determina cómo percibimos el mundo, la cual no tiene nada que ver con lo que pasa aquí. Recuerda, no hay un mundo objetivo, y la percepción en Un Curso de Milagros siempre es interpretación. Percibimos el mundo a través de los ojos de la culpa o del milagro, y si vemos el mal afuera, es solo porque lo hicimos real adentro. En verdad no puede haber maldad en el mundo porque no hay mundo, solo hay pensamientos del ego proyectados que dan lugar al mundo del ego. Estos pensamientos equivocados requieren corrección, la cual los deshace; mientras que el juicio y el ataque simplemente solidifican nuestra creencia en su realidad.

(VII.7: 2-4) Al mirar adentro eliges al guía cuya visión deseas compartir. Y luego miras afuera y contemplas sus testigos. Por eso es por lo que siempre encuentras lo que buscas. Si buscamos el odio, habiéndolo hecho real primero en la mente, lo

encontraremos a nuestro alrededor; si buscamos después del amor, habiéndolo hecho real primero, lo encontraremos (o lo pediremos) – la proyección (o extensión) da lugar a la percepción. Jesús nos pide que hagamos un cambio de 180° en la identificación, del cuerpo a la mente; no viendo más el mundo como el determinante de nuestros pensamientos y sentimientos, sino más bien sabiendo que la mente es realmente la fuente del mundo y de nuestras experiencias dentro de él.

(VII.7: 5) Lo que desees para ti es lo que manifestarás, y lo aceptarás del mundo porque al desearlo lo ubicaste en él.

Si deseamos saber qué maestro han elegido nuestras mentes, solo necesitamos ver cómo percibimos el mundo. Esto no significa objetivamente; no hay "objetivamente" ya que la percepción es interpretación. ¿Vemos el mal y el pecado pidiendo castigo y venganza, o temerosas peticiones de amor? Lo que vemos está determinado por el maestro que nuestras mentes han elegido. No hace falta decir que el ego no quiere que sepamos que tenemos esta opción, y hacemos todo lo posible para evitar el reconocimiento del poder de la mente para decidir. Por lo tanto, la decisión original de la mente de estar separada y culpable es así preservada por nuestras percepciones de culpa en los demás. Estas proyecciones perpetúan la ilusión de que nuestra existencia como criaturas separadas es real, pero la responsabilidad recae en el mundo que es independiente de nosotros.

(VII.9: 1) El poder de decisión es la única libertad que te queda como prisionero de este mundo.

Esta oración tan importante que se repite más adelante en el Curso, casi al pie de la letra (C-1.7:1). Somos todos prisioneros aquí, excepto que nosotros también somos los carceleros porque tenemos la llave de nuestra liberación. Para asegurarnos de que nunca tomemos esta llave de la mente y

abramos la puerta a la libertad, el ego nos hace olvidar dónde está.
Creemos
que la llave está en el cuerpo, pero que fue robada por otro. Y así nos enfocamos en los cuerpos de otros, para canibalizar o matar, pensando que
aquí es donde se ha ocultado la llave de nuestra inocencia. Pero todo el
tiempo la llave ha permanecido en la parte tomadora de decisiones de la
mente (en el gráfico, el punto negro en la parte superior de la mente dividida): el lugar del poder que nos aprisiona o libera, según lo que elijamos.
(VII.13: 1) Recuerda, pues, que cada vez que miras fuera de ti y no reaccionas favorablemente ante lo que ves, te has juzgado a ti mismo como indigno y te has condenado a muerte.
El libro de ejercicios dice que siempre que tengamos la tentación de acusar
a alguien de algo, primero debemos preguntarnos a nosotros mismos: "¿Me
acusaría a mí mismo de eso?" (L-pl.134.9:3). Cada vez que reaccionamos
desfavorablemente, cruelmente o críticamente, somos testigos de la proyección de nuestro ataque contra nosotros mismos. El deseo de castigar
a otro solo puede significar que la mente se ha atacado a sí misma primero.
Luego busca evitar el castigo que cree que merece al infligir su culpa a los
demás, declarándolos indignos del amor que nuestro pecado percibido nos
dice que hemos traicionado y abandonado.
(VII.14: 1) El ego no traiciona a Dios a Quien es imposible traicionar. Sin embargo, ¿cómo podríamos traicionar al Dios de la Unidad perfecta,
Quien no puede ser traicionado porque nadie está allí para traicionarlo? La
traición solo tiene sentido dentro del sueño de un universo dualista, y la
traición solo puede ser de nosotros mismos, como ahora leemos:
(VII.14: 2) Pero te traiciona a ti que crees que has traicionado a tu

Padre.

Vimos este mismo tema en el Capítulo 10 cuando discutimos la versión del

ego y del Curso de los dos primeros mandamientos. No hay otros dioses

ante Dios porque Él es la Unidad perfecta, y pensar que hemos fabricado

otros dioses es simplemente una blasfemia para nosotros mismos, y no para

Aquel Que no sabe nada de nuestro "pecado".

(VII.14: 3-5) Por eso es por lo que la erradicación de la culpabilidad es un aspecto esencial de las enseñanzas del Espíritu Santo. Pero mientras

te sientas culpable estarás escuchando la voz del ego, la cual te dice que

has traicionado a Dios y que, por lo tanto, mereces la muerte. Pensarás que la muerte procede de Dios, y no del ego, porque al confundirte a ti mismo con el ego, creerás que deseas la muerte.

Esta es la trinidad de pecado-culpa-miedo. La culpa nos dice que hemos

pecado contra Dios: traicionamos Su Amor, blasfemamos Su Nombre y antepusimos otros dioses a él – todo esto es inventado, por supuesto.

El

mito de Adán y Eva, donde Dios crea la muerte como castigo por el pecado

(el origen del miedo), es la historia del ego. Son solo nuestras mentes culpables las que creen en la realidad de la venganza, el castigo y la muerte

– la versión del ego de la justicia – porque creímos las mentiras del ego.

Esto significa que el problema percibido nunca está en el mundo o incluso

en la mente, sino solo la elección equivocada de percibirlo. Ya que es el poder de la mente el que eligió incorrectamente, es el mismo poder el que

nos puede salvar. De hecho, no hay otro poder dentro de la ilusión, como

leemos en esta oración muy importante:

(VII.14: 6) Y de lo que deseas, Dios no te puede salvar.

De lo que deseamos, Dios, Jesús y su curso no nos salvan, ya que eso

negaría el poder de nuestras mentes para elegir. Sin embargo, Ellos nos enseñan que no deseamos lo que pensamos que fabricamos. La verdad es que no deseamos estar separados y ser especiales, llenos de auto-odio y con la necesidad de culpar a otros, ya que ninguno de estos nos hace felices. En todos estos pasajes, podemos ver cómo Jesús apela al poder de la mente que eligió la infelicidad de la individualidad del ego y nos dice: "elígeme y sé feliz por siempre". Fue solo este poder el que nos condenó, y es solo este poder el que puede salvarnos. Si entendemos la estrategia del ego de dejarnos sin mente y su propósito, podemos revertirlo fácilmente eligiendo un maestro diferente y su gentil salvación.

(VIII.5: 1-3) No tienes sino que pedir este recuerdo, y te vendrá a la memoria. Mas el recuerdo de Dios no puede aflorar en una mente que lo ha borrado y que quiere que continúe así. Pues dicho recuerdo sólo puede alborear en una mente que haya elegido recordar y que haya renunciado al demente deseo de querer controlar la realidad. Tenemos que desear este recuerdo, y luego no podemos sino tenerlo.

Un Curso de Milagros nos ayuda a darnos cuenta que tenemos una mente que ha elegido contra Dios, buscando destruirlo y permitiendo que nuestro falso ser prospere. Necesitamos que nos enseñen cómo hemos tratado de enterrar, y continuamos haciéndolo, el recuerdo de Dios, el Amor del Espíritu Santo y la paz de Jesús. Debemos ver cuánto no queremos estar en Su Presencia, porque solo entonces estaríamos genuinamente motivados para cambiar nuestras mentes y entender que la felicidad viene de quererlos a Ellos de

vuelta. En ese instante santo de cordura, las nubes de culpa se disipan,
el

mundo proyectado retrocede hacia la nada, y el recuerdo de Dios
alborea

silenciosamente en nuestras mentes.

Pasamos ahora al principio de Expiación, la respuesta del Espíritu
Santo a

las mentiras del ego, el cual puede ser entendido en este contexto
como Su

respuesta a nuestro deseo de destruir a Dios y Su recuerdo.

El principio de Expiación.

(VIII.1: 1-2) ¿Crees realmente que puedes matar al Hijo de Dios? El
Padre ha ocultado a Su Hijo dentro de Sí Mismo, manteniéndolo a
salvo y alejado de tus pensamientos destructivos, por causa de los
cuales no conoces ni al Padre ni al Hijo.

Estas imágenes son una representación poética del recuerdo de
Quiénes

somos como el verdadero Hijo de Dios, sostenido en custodia en
nuestras

mentes soñadoras por el Espíritu Santo. El principio de Expiación nos
enseña cómo este recuerdo no se ve afectado por nuestros
pensamientos

destructivos. Sin embargo, estos pensamientos de pecado, culpa y
miedo

tienen el poder dentro del sueño de ocultar el recuerdo del Amor de
Dios;

son estos pensamientos, entonces, lo que necesitan ser reemplazados
por el
perdón.

Aquí hay otra declaración del principio de Expiación:

(II.6: 5) No permitas que tu odio obstruya el camino del amor, pues no
hay nada que pueda resistirse al Amor que Cristo le profesa a Su
Padre, o al Amor que Su Padre le profesa a Él.

Pasajes como estos enseñan sucintamente que el odio en el núcleo del
sistema de pensamiento del ego no tiene poder sobre el amor, el cual
ni

siquiera lo ve, y mucho menos reconoce su existencia. ¿Cómo podría
algo

que no existe afectar al ser perfecto?

(II.9: 1-3) Tú que has tratado de desterrar el amor no has podido

lograrlo, pero tú que eliges desterrar el miedo no podrás por menos que triunfar. El Señor está contigo, pero tú no lo sabes. Sin embargo, tu Redentor vive, y mora en ti en la paz de la cual Él fue creado. Recordemos esta declaración de Job del Capítulo 11: "Sé que mi Redentor vive" (Job 19:25). Nuestro Redentor vive en nuestras mentes correctas, el hogar del Espíritu Santo. Sin embargo, no experimentaremos la resurrección de nuestro Redentor, despertando del sueño de la crucifixión, hasta que nuestras mentes decidan desterrar el miedo y dar la bienvenida al amor, reconociendo que la ilusión no tiene poder sobre la verdad. (II.9: 4) ¿No te gustaría intercambiar tu conciencia de miedo por esta conciencia? Este es el constante atractivo de Jesús para nosotros: elegir el amor en lugar del miedo. Esto requiere nuestro aprendizaje de que el miedo es una elección. Para facilitar este proceso y motivarnos a elegir de nuevo, Jesús nos enseña a ver las horribles consecuencias de nuestra decisión equivocada. No puede haber motivación para cambiar nuestras mentes a menos que primero reconozcamos que somos mentes que tienen el poder de elegir, y que la elección original por el ego y su sistema de pensamiento de miedo no nos ha traído más que dolor y sufrimiento. (VIII.3: 1-3) Cuando hiciste que lo que no es verdad fuese visible, lo que es verdad se volvió invisible para ti. No obstante, de por sí no puede ser invisible, pues el Espíritu Santo lo ve con perfecta claridad. Es invisible para ti porque estás mirando otra cosa. El hecho de que elegimos el sistema de pensamiento del ego y su mundo loco como nuestro hogar ("lo que no es verdad") no ha tenido ningún efecto en la Expiación ("lo que es verdad"), la cual aún descansa de forma segura en nuestras mentes. No obstante, debemos darnos cuenta de que se

encuentra allí antes de que podamos experimentar sus frutos de alegría y felicidad, y despertar de la pesadilla de la separación y la culpa. Y así, para preservar su sueño de miseria, el ego nos hace buscar otra cosa, en otro lugar – su máxima de busca, pero no halles – asegurando que permanezcamos arraigados en el mundo sin mente de los cuerpos y que nunca miremos a través de la visión del Espíritu Santo hacia la mente tomadora de decisiones.

(VIII.3: 4) Mas no es a ti a quien le corresponde decidir lo que es visible y lo que es invisible, tal como tampoco te corresponde decidir lo que es la realidad.

Recordemos el importante tema de que nuestro libre albedrío puede establecer la "realidad" dentro del sueño, pero no puede establecer lo qué la realidad realmente es. Para repetir, somos libres de creer lo que queramos, pero eso no hace realidad nuestras fantasías: las ilusiones no pueden tener efecto sobre la verdad; Dios nunca podrá estar sin Su Hijo.

(VIII.6: 1) ¡Hijo de Dios, no te conformes con lo que no es nada! Jesús nos pide que no nos contentemos con la nada del arruinado sistema de pensamiento de culpa, odio y soledad cuando él nos ofrece todo su amor y paz. ¿Quién sino un loco estaría contento con el mundo vacío de la ilusión del ego cuando se coloca junto a la plenitud del Amor del Cielo?

(VIII.6: 2-5) Lo que no es real no es visible ni tiene valor. Dios no pudo haberle ofrecido a Su Hijo lo que no tiene valor, ni Su Hijo habría podido recibirlo. Fuiste redimido en el mismo instante en que pensaste que habías abandonado a tu Padre. Nada de lo que has forjado ha existido jamás, y es invisible porque el Espíritu Santo no lo ve. El Espíritu Santo no ve nuestro odio o mezquindad. De hecho, no ve nada en absoluto, sino simplemente conoce el Amor que es nuestro Ser. Elegir al

Espíritu Santo como nuestro Maestro nos permite compartir Su visión, mirando más allá de nuestros aparentes pecados y los del mundo hacia la luz que brilla en la mente del único Hijo de Dios. De hecho, la luz nunca ha dejado de brillar, porque en el mismo instante en que creímos increíblemente que abandonamos nuestra Fuente, la recordamos a través del pensamiento de Expiación que nos llevamos con nosotros cuando nos quedamos dormidos. Ese pensamiento es el Espíritu Santo, y al elegir identificarnos con Su verdadera percepción, somos capaces de ver las ilusiones sin valor del ego por lo que son, reconociendo nuestro verdadero valor como el Hijo de Dios.

Por lo tanto, nuestro tema cambia a mirar, ya que vemos una vez más cómo los mismos temas se repiten a lo largo de nuestra sinfonía, con creciente sutileza y profundidad a medida que disminuye nuestro miedo al amor. Estamos creciendo desde la infancia del ego a la madurez de la edad adulta espiritual.

Mirar: desde la infancia hasta la edad adulta.

(II.1: 4-5) Si supiesen la verdad acerca de sí mismos no podrían estar enfermos. La tarea del obrador de milagros es, por lo tanto, negar la negación de la verdad.

La práctica de Un Curso de Milagros se basa en este principio central: nuestra tarea no es encontrar la verdad o aceptarla, sino simplemente ver la negación de la verdad del ego – su sistema de pensamiento de culpa, especialismo y odio que niega el principio de Expiación – y decir: "Ya no quiero esto". Esta es la negación de la negación de la verdad, el doble negativo que se convierte en positivo, lo que nos recuerda las clases de álgebra en nuestra escuela secundaria donde aprendimos que multiplicar dos números negativos produce uno positivo. Cuando nosotros miramos la negación de la verdad del ego a través de los ojos del Espíritu Santo,

reconocemos que la hemos elegido, lo que nos permite deshacer nuestra elección previa. Esto, por cierto, no es diferente en significado a la declaración anterior de Jesús de que nuestra única responsabilidad es aceptar la Expiación para nosotros mismos (T-2.V.5:1).

(II.4: 1) Recuerda lo que dijimos acerca de las percepciones aterradoras que tienen los niños pequeños, las cuales son aterrorizantes para ellos porque no las entienden.

Jesús vuelve a hablar del mundo de pesadilla del ego en forma de los pensamientos terroríficos de los niños, aunque él realmente habla de nosotros: niños pequeños con percepciones aterradoras del mundo que incluyen el deterioro inminente de nuestros cuerpos a medida que envejecen.

(II.4: 2-3) Si piden iluminación, y la aceptan, sus miedos se desvanecen.

Pero si ocultan sus pesadillas, las conservan.

Este es el as en la manga del ego. Fabrica la pesadilla de la separación, la culpa y las represalias de Dios, y luego la oculta a través de la represión y la proyección. Vemos odio y crueldad afuera, pero nunca adentro, por lo tanto, buscamos soluciones para nuestros problemas en el mundo sin mente de los cuerpos. Esto asegura que nuestra culpa permanezca oculta en la mente, siempre lista para proyectarse en un inocente e inexistente mundo. A través de tales defensas, la oscuridad del ego está protegida de que la mente elija la luz.

(II.4: 4-5) Es fácil ayudar a un niño inseguro, ya que reconoce que no entiende el significado de sus percepciones. Tú, sin embargo, crees que entiendes el significado de las tuyas.

Estamos obstinadamente seguros de tener razón. Percibimos el mal, la enfermedad y el sufrimiento en el mundo, y luego afirmamos saber todas las respuestas. Mientras estemos muy seguros, seremos unos niños tercos y

arrogantes, y nunca aceptaremos la ayuda que está disponible. Solo cuando el miedo nos abruma decimos: "No sé la respuesta. ¡Por favor ayuda!" Nuestras mentes se abren y escuchamos la respuesta amorosa de Expiación, porque al final, hemos buscado el problema donde realmente está. Esto significa que hemos encontrado la solución en la humildad de nuestra madurez espiritual recién descubierta.

(II.4: 6-7) Criatura de Dios, estás ocultando tu cabeza bajo unas pesadas mantas que tú mismo te has echado encima. Estás ocultando tus pesadillas en la obscuridad de tu falsa certeza y negándote a abrir los ojos y mirarlas de frente.

Esta es una declaración clara del estado del mundo. Cuando Helen estaba tomando las notas del curso, Jesús le pidió que le dijera a Bill que cincuenta millones de Franceses pueden estar equivocados. ¡De hecho, seis mil millones de seres humanos pueden estar equivocados! En efecto, están equivocados porque todos vemos los problemas afuera, y encontramos consuelo y refuerzo de nuestra falsa certeza en los números. Cuantas más personas lleguen a estar de acuerdo con nosotros, más seguros estaremos de nuestra percepción de que el mal nos rodea y de que somos puros de corazón – el pecado está afuera y la inocencia dentro. De esta manera, el pensamiento del pecado se mantiene en nuestro pensamiento demente, impermeable a la feliz corrección de la visión.

(II.5: 1) Q No nos quedemos con las pesadillas, pues no son ofrendas dignas de Cristo, y, por lo tanto, no son regalos dignos de ti. Jesús nos suplica: "Escucha mis palabras y mira tus pesadillas externas, permitiéndome enseñarte que realmente están dentro y que tú las inventaste.

Como no son reales, no son dignas para tu santo Ser. Pero no puedo ayudarte a menos que me elijas como tu maestro.

(II.5: 2-3) Quítate las mantas de encima y hazle frente a lo que te da

miedo. Sólo lo que tú te imaginas que ello pueda ser es lo que te da miedo, pues la realidad de lo que no es nada no puede dar miedo. Tememos mirar hacia adentro porque la culpa nos dice que anticipemos la venganza de Dios. Sin embargo, no hay nada allí, y al no haber culpa, no hay necesidad de temer el castigo. Es la anticipación la que es el problema.

Un niño que se despierta aterrorizado por una pesadilla está seguro que hay un monstruo al acecho en el armario, y cuando los padres lo llevan al armario, está aterrorizado. Es solo cuando el niño permite que los padres abran la puerta del armario y ve que no hay nada, que recupera la paz.

Jesús es nuestro padre espiritual, pero nuestro miedo nos impide dejar que nos lleve al armario (la mente). En cambio, le exigimos que arregle la pesadilla ilusoria para nosotros (el mundo y el cuerpo), que es la razón por la que continuamente nos pide que lo dejemos ayudarnos a darnos cuenta de que las pesadillas no deben temerse, sino simplemente observarse sin juicio:

(II.5: 4-5) No demoremos esto, pues el sueño de odio no se apartará de ti a menos que tengas ayuda, y la Ayuda ya está aquí. Aprende a mantenerte sereno en medio de la agitación, pues la quietud supone el final de la lucha y en esto consiste la jornada a la paz.

La agitación nos rodea, no solo en el mundo en general, sino en nuestros mundos personales. Pero hay quietud en medio de la lucha porque la quietud está en la mente correcta, esperando pacientemente nuestra decisión de elegirla. Pedirle a Jesús que nos ayude a cambiar nuestras mentes acerca del odio, hacia los demás y hacia nosotros mismos, es todo lo que necesita para llevarnos de la lucha a la paz, de la agitación a la quietud, del dormir al

despertar.

(II.5: 6-7) Mira de frente cada imagen que surja para demorarte, pues el logro del objetivo es inevitable debido a que es eterno. Tener al amor por objetivo es algo a lo que tienes derecho, y ello es así a pesar de tus sueños.

Este es el proceso de mirar al ego, y luego más allá de él hacia la verdad.

Independientemente de nuestros sueños de culpa y rencor, como Hijo de

Dios, tenemos derecho al amor con el que Él nos creó. Ver el ego en la luz

perdonadora de la visión es el medio que Jesús emplea para recordarnos el

amor eterno que es nuestro Ser. Él continúa:

(II.9: 5) Cuando hayamos superado el miedo – no ocultándolo, ni restándole importancia, ni negando en modo alguno su impacto – esto es lo que verdaderamente verás.

Jesús nos dice que miremos dónde está el miedo. Realmente no tenemos

miedo de lo que está afuera – el daño infligido en nuestros cuerpos o los de

los seres queridos – sino de mirar hacia adentro, al creer en las mentiras del

ego de que nosotros seremos destruidos si lo hacemos. El verdadero miedo,

por supuesto, es que el ego, o sea, nuestro ser separado, desaparecerá en la

nada una vez que nuestras mentes hayan elegido al maestro adecuado y

hayamos visto al ego por la ilusión que es. Es imperativo que respetemos el

poder de la mente para elegir la ilusión de miedo, de lo contrario, tampoco

sabremos que podemos elegir el amor de la Expiación en el que aprendemos que solo podemos perder lo que nunca fue.

(II.9: 6-8) No puedes dejar a un lado los obstáculos que se interponen a la verdadera visión a menos que primero los observes, ya que dejarlos a

un lado significa que has juzgado contra ellos. Si los examinas, el Espíritu Santo los juzgará, y los juzgará correctamente. Sin embargo,

Él no puede eliminar con Su luz lo que tú mantienes oculto, pues tú no se lo has ofrecido y Él no puede quitártelo.

Este es nuestro tema familiar de llevar la oscuridad de la ilusión a la luz de

la verdad, negando la negación de la verdad al juzgar contra el ego. La súplica de Jesús es que en medio de nuestra certeza de que los problemas

son externos y de que sabemos lo que necesitamos, le pedimos ayuda para

ver el problema real, la decisión de la mente por la separación y la culpa.

(II.10) Nos estamos embarcando, por lo tanto, en un programa muy bien organizado, debidamente estructurado y cuidadosamente planeado, que tiene por objeto aprender a entregarle al Espíritu Santo todo aquello que no desees. Él sabe que hacer con ello. Tú, sin embargo,

no sabes cómo valerte de Su conocimiento. Cualquier cosa que se le entregue que no sea de Dios, desaparece. No obstante, tú tienes que estar completamente dispuesto a examinar eso que le entregas, ya que

de otro modo Su conocimiento no te servirá de nada. Él jamás dejará de prestarte ayuda, pues prestar ayuda es Su único propósito. ¿No es cierto acaso que tienes más razones para temer al mundo tal como lo percibes, que para mirar la causa del miedo y abandonarla para siempre?

Jesús está defendiendo su "programa muy bien organizado, debidamente

estructurado y cuidadosa-mente planeado" (en este punto del dictado, Helen

no sabía que iba a haber un libro de ejercicios para estudiantes o un manual

para el maestro) para ayudarnos a mirar el sistema de pensamiento del ego

con él, lo cual es la única forma de hacer que las ilusiones desaparezcan en

su propia nada. Mirar es el nombre de su juego, ya que no mirar es el nombre del juego del ego. El ego literalmente hizo que el mundo nos impidiera mirar el problema de la culpa de la mente, porque si lo hiciéramos, nos daríamos cuenta de que este es inventado y luego

desaparecería para siempre, al igual que el falso ser que fue forjado por la culpa y el miedo.

La culpa, no reconocida, nos vuelve locos y nos lleva a un mundo de locos, fabricado anteriormente. Esta locura es mantenida por nuestra creencia, de que hay un mundo allá afuera que contiene nuestros problemas y nuestra salvación. Si bien mirar con Jesús es lo más maravilloso que podemos hacer aquí, sigue siendo una fuente de tremendo miedo para nosotros como egos, porque anuncia la desaparición inminente de un sistema de pensamiento y de un ser que nunca existieron.

(VII.10: 1-4) Tienes miedo de mí porque miraste dentro de ti y lo que viste te dio miedo. Pero lo que viste no pudo haber sido la realidad, pues la realidad de tu mente es lo más bello de todas las creaciones de Dios. Puesto que proceden únicamente de Dios, su poder y grandeza sólo habrían podido brindarte paz, si realmente la hubieses contemplado. Si tienes miedo es porque viste algo que no estaba allí. Esto refleja el principio de Expiación. Si miramos dentro de nuestras mentes, literalmente no veríamos nada, solo el amor de Jesús. No hay nada

más. El sistema de pensamiento del ego de separación y culpa no está ahí

porque no existe. Esta es una noticia maravillosa para nuestras mentes correctas, pero la parte de nosotros que se aferra al sistema de pensamiento

de mentalidad-errada de individualidad del ego encuentra esto horrible. No

es realmente que le tememos a Jesús porque simboliza el Amor de Dios (¿cómo podría ser temible la realidad?), sino porque significa el fin del ego

y el de nuestro yo separado. Cuando tomemos su mano y miremos adentro,

solo veremos la grandeza de nuestro Ser, y nada más.

(VII.10: 5-6) Sin embargo, en ese mismo lugar pudiste haberme visto a mí y a todos tus hermanos, en la perfecta seguridad de la Mente que

nos creó a todos. Pues nos encontramos ahí, en la paz del Padre, cuya Voluntad es extender Su paz a través de ti.

El poder y la grandeza de nuestro Ser abraza a toda la Filiación, mantenida

a salvo dentro de la paz que transmite la comprensión del mundo de la separación y el especialismo. Esta paz se extiende por toda la mente del

Hijo, deshaciendo suavemente la loca creencia en las diferencias. El dolor

de creer que las relaciones especiales nos darán lo que queremos clama por

alivio, y Jesús responde a nuestro llamado con su amor:

(VII: 11: 3-6) He oído tu llamada y la he contestado, pero no has querido verme ni oír la respuesta que buscabas. Eso se debe a que eso todavía no es lo único que deseas. Sin embargo, a medida que yo me haga más real para ti, te darás cuenta de que, en efecto, eso es lo único

que deseas. Y cuando mires dentro de ti me verás, y juntos contemplaremos el mundo real.

Uno de los desafíos de Jesús como nuestro maestro es convencernos de que

elegir contra él nos trae dolor, mientras elegirlo a él y a su mensaje de perdón nos traerá dicha. Tenemos que admitir que nosotros no entendemos

la diferencia y estamos confundidos entre aprisionamiento y libertad (T7.X; T-8.II). Cuando reconocemos nuestra confusión y le pedimos ayuda a

Jesús, el peso del miedo caerá de nuestros ojos y compartiremos su visión.

¿Cómo podría el mundo real de inocencia, alegría y libertad permanecer oculto?

(VII.12) Cuando mires dentro de ti y me veas, será porque has decidido manifestar la verdad. Y al manifestarla la verás tanto afuera como adentro. La verás afuera porque primero la viste adentro. Todo lo que ves afuera es el juicio de lo que viste dentro. Si es tu propio juicio, será erróneo, pues tu función no es juzgar. Si es el juicio del Espíritu Santo será correcto, pues Su función es juzgar. Tú compartes Su función sólo cuando juzgas tal como Él lo hace, sin juzgar nada por tu cuenta. Juzgarás contra ti mismo, pero Él juzgará a tu favor.

Para determinar si hemos elegido al maestro de la verdad o al de la ilusión,
todo lo que necesitamos hacer es prestar atención a nuestras percepciones.
¿Vemos intereses compartidos o separados, a la comunidad de la Filiación o a sus aparentes diferencias? En otras palabras, como hemos visto, nuestras mentes tomadoras de decisiones se identifican con los juicios de separación del ego o con el juicio de unidad de la Expiación. Lo que elegimos determina lo que percibimos en el mundo. Cuando miramos dentro y "vemos" a Jesús y su amor, la única verdad dentro de la ilusión, no podemos dejar de ver los reflejos de este amor a nuestro alrededor. El anteriormente mencionado juicio del Espíritu Santo se refiere a la sección inicial de este capítulo, que consideraremos más adelante.
(VII.15) Cuando te sientas tentado de sucumbir ante el deseo de la muerte, recuerda que yo no morí. Te darás cuenta de que esto es cierto cuando mires dentro de ti y me veas. ¿Cómo iba yo a haber superado la muerte para mí solo? ¿Y cómo iba a haberme dado el Padre vida eterna a mí, a no ser que también te la hubiese dado a ti? Cuando aprendas a ponerme de manifiesto jamás verás la muerte, pues habrás contemplado lo inmortal en ti mismo, y así, al contemplar un mundo que no puede morir, sólo verás lo eterno.
Aunque aparentemente es una referencia a la resurrección bíblica, el verdadero significado de este pasaje es que el despertar de Jesús del sueño de la muerte refleja la verdad de la Expiación: el sistema de pensamiento del ego es un sueño, sin efecto sobre la realidad eterna del Hijo de Dios. Que nunca puede morir porque Él comparte la vida eterna de Su Padre. Al aceptar a Jesús y su verdad en nuestras mentes, vemos esta misma verdad en todos los que creen que el sistema de pensamiento de la muerte es verdadero. Este cambio refleja nuestro crecimiento desde el niño inmaduro

que solo ve necesidades especiales, dentro y fuera, al adulto maduro que reconoce la necesidad de llegar a ser como Jesús, compartiendo su visión de la igualdad universal del Hijo de Dios. Esto marca el fin del especialismo y anuncia el último cambio de identidad hacia el único Cristo Que nunca abandonó a Su Creador.

A lo largo de su curso, Jesús habla de nuestra necesidad de mirar hacia adentro. Cuando lo hacemos, lo que significa mirar más allá del ego, lo encontraremos. No podemos lograr esto sin mirar también con él. Esta hermosa línea del libro de ejercicios que se refiere a Dios también se puede aplicar a él: "Él es el Fin que perseguimos, así como los Medios por los que llegamos a Él" (L-pII.302.2:3). El amor de Jesús es el fin que perseguimos dentro del sueño porque acaba con el sueño de la separación del amor. Sin embargo, también es el medio por el cual nosotros encontramos este amor.

Miramos hacia adentro y vemos el auto-odio por la culpa, y luego más allá hacia el amor que Jesús representa. Nos está guiando en un viaje de verdadero descubrimiento, abjurando del ego y prometiendo nuestra fidelidad a nuestro nuevo Maestro, como expresan los dos párrafos siguientes:

(IV.4: 1-3) ¿No te das cuenta de que el ego solo puede embarcarte en una jornada que únicamente puede conducirte a una sensación de futilidad y depresión? Buscar y no hallar no puede ser una actividad que brinde felicidad. ¿Es ésta la promesa que quieres seguir manteniendo?

Este es el compromiso, la sagrada promesa que le hicimos al ego de obedecer sus dictados y mirar solo lo que él nos diga. Cumpliendo con el juramento que hicimos, miramos hacia afuera para encontrar culpa en los demás, y nunca miramos hacia adentro a la Expiación donde no hay culpa

en absoluto. El ego, por lo tanto, nos tiene buscando continuamente en su

mundo de especialismo, diciéndonos que éste nos hará felices, pero no encontramos nada más que vacío y desesperación.

(IV.4: 4-7) El Espíritu Santo te ofrece otra promesa, la cual te conduce a la dicha. Pues Su promesa es siempre: “Busca y hallarás”, y bajo Su dirección no podrás fracasar. La jornada en la que el Espíritu Santo es tu Guía es la jornada que te conduce al triunfo, y el objetivo que pone ante ti, Él Mismo lo consumará. Pues Él nunca engañará al Hijo de Dios a quien ama con el Amor del Padre.

La promesa del Espíritu Santo es que encontraremos la respuesta a nuestro

problema y luego recordaremos el Amor que nunca pensamos que conoceríamos nuevamente. Las promesas del ego engañan porque fueron

hechas por el engaño de que puede haber algo que no sea Dios, con un amor

especial tomando el lugar del Amor perfecto del Cielo. La jornada que hacemos con el Espíritu Santo nos enseña a ver el ego por lo que es.

La

jornada, que es buscar y hallar verdaderamente, nos ayuda a alejarnos de las

mentiras del ego, haciendo que sea inevitable que encontremos la paz y la

alegría que realmente buscamos.

(IV.5) No podrás por menos que buscar, ya que en este mundo no te sientes a gusto. Y buscarás tu hogar tanto si sabés donde se encuentra como si no. Si crees que se encuentra fuera de ti, la búsqueda será en vano, pues la estarás buscando donde no está. No recuerdas como buscar dentro de ti porque no crees que tu hogar esté ahí. Pero el Espíritu Santo lo recuerda por ti y te guiará a tu hogar porque ésa es Su misión. A medida que Él cumpla Su misión te enseñara a cumplir la tuya, pues tu misión es la misma que la Suya. Al guiar a tus hermanos hasta su hogar estarás siguiéndolo a Él.

No podemos evitar viajar. El problema es solo con quién viajamos. Si seguimos al ego, buscamos un objetivo que no se puede encontrar, ya que

nos guía a mirar sin una mente que pueda ser consciente de su plenitud

interior. Cuando, reconociendo la futilidad del viaje del ego, nos damos

cuenta de que debe haber otro Guía, nos dirigimos a la mente donde nos
espera el recuerdo de nuestro hogar. Como este hogar es la unidad,
desconocida aquí, las lecciones del Espíritu Santo deshacen las
barreras de
separación que hemos interpuesto entre nosotros y nuestro recuerdo.
Al ver
a los demás como iguales, compartiendo nuestro interés común de
salir del
desierto del ego, reflejamos la unidad del Hijo de Dios. ¿Cómo
entonces no
podríamos cumplir nuestra misión de perdón y regresar a Dios,
llevando
con nosotros a todos nuestros hermanos, suavemente paso a paso?
Hemos crecido desde la infancia hasta la madurez espiritual, el camino
que
nos permite mirar hacia adentro y compartir el juicio del Espíritu Santo,
nuestro próximo tema principal. Pasando a la importante sección "El
juicio
del Espíritu Santo", aprendemos alegremente Su mensaje que
constituye la
esencia del viaje de perdón.
El Juicio del Espíritu Santo.
(I.1: 1) Se te ha dicho que no le otorgues realidad al error, y la manera
de hacer esto es muy simple.
Examinamos este tema clave en el Capítulo 9 cuando discutimos sobre
el
sanador no sanado y el plan de perdón del ego que hace que el error
sea
real. El ego toma el error de la separación y lo iguala con la realidad
del
pecado; haciéndolo tan real, de hecho, que no podemos mirarlo sin
enfrentar nuestra propia destrucción. Esto nos deja sin más remedio
que
proyectarlo, ver el pecado a nuestro alrededor, reaccionar como si
estuviera
afuera y nunca mirar dentro de nosotros mismos hacia su fuente. El
juicio
del ego siempre es entre el bien y el mal, la inocencia y el pecado, la

libertad y la esclavitud. En el lenguaje de la famosa parábola (Mateo 25:31-46), nuestro ego juzga entre las ovejas inocentes y las cabras pecaminosas, a quienes nuestro Dios de especialismo destruirá debido a Su justa ira. (I.1: 2-3) Si deseas creer en el error, tienes que otorgarle realidad porque el error en sí no es real. Mas la verdad es real por derecho propio, y para creer en ella no tienes que hacer nada. Hacer que el error sea real requiere un esfuerzo tremendo, ya que tenemos que negar lo que es verdad y aceptar lo que no lo es. Aceptar el Amor de Dios no requiere esfuerzo porque simplemente está ahí y solo necesita nuestra voluntad de hacerlo realidad en nuestra conciencia. Con el ego, sin embargo, tenemos que trabajar porque primero tenemos que fabricar la ilusión y luego creerla. Este, por lo tanto, es un curso para no hacer nada, lo cual significa no hacer nada acerca de un problema inexistente, el sistema de pensamiento del ego. Esto no significa que nuestros cuerpos no hagan cosas, sino simplemente que no respondemos a las situaciones para intentar resolver un problema que no está ahí. En cambio, le pedimos a Jesús que nos ayude a ver el problema ilusorio de la separación – en el mundo y en la mente – reconociendo su irrealdad. En el lenguaje de una sección posterior, no tengo que hacer nada (T-18.VII).

(I.1: 4) Comprende que no reaccionas a nada directamente, sino a tu propia interpretación de ello. Recordemos este importante tema: la percepción es interpretación. Nuestras respuestas mutuas nunca están basadas en lo que se hace o se dice, sino siempre en la interpretación de la mente. Cuando venimos de la mente errada, solo percibimos ataques contra nosotros o contra aquellos con

quienes nos identificamos, lo que justifica nuestros contraataques. Si bien a menudo necesitamos responder conductualmente al mundo, antes de hacerlo, le pedimos ayuda a Jesús para dejar a un lado nuestros egos, y así poder responder con la bondad y el amor de la mente correcta.

(I.1: 5) Tu interpretación, por lo tanto, se convierte en la justificación de tus reacciones.

Nuestros egos dicen: "Lo que hiciste fue un ataque contra mí, un insulto personal que justifica que te contra-ataque". Cada nación a lo largo de la historia ha usado esto como justificación para una acción agresiva. Los ataques de otros son vistos como injustificados, lo que en secreto significa que sabemos que están justificados porque los atacamos primero en nuestras mentes. Convenientemente olvidamos esto y somos conscientes solo de los ataques hacia nosotros. Una vez más, los gobiernos hacen esto porque los individuos lo hacen, y los individuos lo hacen porque nosotros, como un Hijo, creemos que se lo hicimos a Dios.

(I.1: 6-8) Por eso es por lo que analizar los motivos de otros es peligroso. Si decides que alguien está realmente tratando de atacarte, abandonarte o esclavizarte, reaccionarás como si realmente lo hubiese hecho, al haberle otorgado realidad a su error. Interpretar el error es conferirle poder, y una vez que haces eso pasas por alto la verdad. Siempre estamos analizando motivos. Por ejemplo, hiciste esto porque eres malo y mereces mi castigo. Una vez que reaccionamos a lo que alguien ha hecho, lo hemos hecho real y ya no cuestionaremos la validez de nuestro juicio. Por eso necesitamos una forma diferente de interpretar, un Intérprete diferente para corregir nuestras percepciones erróneas de separación y diferenciación.

(I.3: 1-4) Sólo hay una forma sensata de interpretar motivos. Y por tratarse del juicio del Espíritu Santo, no requiere esfuerzo alguno por

tu parte. Todo pensamiento amoroso es verdadero. Todo lo demás es una petición de ayuda y de curación, sea cual sea la forma que adopte. Cuando vemos con Jesús, el mundo se reduce a una simple percepción: todo

es una expresión de amor o una petición de amor. Además, esta simple percepción da lugar a una respuesta simple: amor. Ya sea que alguien exprese amor o lo pida, nuestra respuesta como hermano solo puede ser

amor. ¿Qué podría ser más fácil y menos difícil que aceptar lo que es? Nuestro complicado mundo de comportamiento se reduce a una única respuesta amorosa que deshace las interpretaciones del ego del pecado, el

mal y las equivocaciones, cancelando su complejidad al colocar todas las

cosas en esta categoría. Los ataques son peticiones de amor porque solo las

personas asustadas harían cosas crueles, y el miedo viene porque creen han

tirado lejos el amor y que el amor los castigará. ¿Cómo podría un hermano

amoroso no cumplir con este pedido lastimero, sino con amor, una vez que

lo ha oído?

(1.3: 5-10) ¿Cómo puede estar justificado reaccionar con ira ante la súplica de un hermano? Ninguna reacción podría ser apropiada, excepto estar dispuesto a ayudarlo, pues eso, y sólo eso, es lo que está

pidiendo. Ofrécele cualquier otra cosa, y te estarás arrogando el derecho de atacar su realidad al interpretarla como mejor te parezca.

Tal vez no esté completamente claro para ti el peligro que esto supone para tu propia mente. Si crees que una petición de ayuda es otra cosa, reaccionarás ante esa otra cosa. Tu reacción, por lo tanto, será inadecuada a la realidad tal como ésta es, pero no a la percepción que tú tienes de ella.

Si vemos una petición de ayuda como un ataque, reaccionaremos como si

fuera un ataque. Nuestra respuesta a la petición de ayuda de otro con un

ataque no es inapropiada para nuestra percepción errónea, pero es

inapropiada para la petición de ayuda de la persona, la única realidad dentro del sueño. Si vamos a responder con amor, debemos percibir lo que se hizo como una petición de amor. Esto significa que primero debemos pedir la ayuda de nuestro Maestro para corregir la percepción errónea del ataque, para así deshacer nuestra propia percepción de pecaminosidad y ataque, haciendo imposible la proyección e inevitable la extensión del amor. (I.4: 1-3) No hay nada que te impida reconocer todas las peticiones de ayuda exactamente como lo que son, excepto tu necesidad imaginaria de atacar. Esta necesidad es lo único que hace que estés dispuesto a entablar interminables "batallas" contra la realidad, en las que niegas que la necesidad de curación sea real haciéndola irreal. No harías eso si no fuese por el hecho de que no estás dispuesto a aceptar la realidad tal como es, y, por consiguiente, te privas de ella. Nuestra necesidad de atacar es imaginaria porque es ilusoria, ya que el pensamiento demente de haber atacado a Dios es lo que dio origen a nuestra identidad cuando creímos que nos habíamos separado de la realidad. Primero gastamos un tremendo esfuerzo para negar lo que es, y luego construir un mundo falso que no existe. Seguimos reaccionando a este mundo como si fuera real, sin recordar que nuestras mentes literalmente lo inventaron y luego le proyectamos lo que creíamos internamente. El problema es que este mundo inventado incluye nuestro ser, el cual defendemos hasta la muerte en lugar de dejar que el amor lo extinga. Por cierto, "batallas" está entre comillas porque se necesitan dos para luchar, y como sabemos que luchamos contra nada, no puede haber lucha. De ahí que Dios y Su realidad están literalmente por encima del campo de batalla del odio y la guerra, de los cuales Ellos no saben nada.

(I.5: 3-6) Si no estás dispuesto a percibir una petición de ayuda como lo que es, es porque no estás dispuesto a prestar ayuda ni a recibirla. Dejar de reconocer una petición de ayuda es negarse a recibir ayuda. ¿Mantendrías que no la necesitas? Sin embargo, eso es lo que mantienes cuando te niegas a reconocer la súplica de un hermano, pues sólo respondiendo a su súplica puedes tú ser ayudado. El problema, una vez más, es nuestra obstinada certeza de que tenemos razón. Después de todo, es el mundo el que necesita ayuda, no nosotros; los problemas existen en otras personas, familias, países, pero no en nosotros. El paso más importante en el proceso de curación al que Jesús nos guía es el reconocimiento de que estamos equivocados. Más adelante en el texto, leemos: "¿Preferirías tener razón a ser feliz?" (T-29.VII.1:9). Necesitamos humildemente reconocer que estamos equivocados en nuestros juicios. Como ni siquiera conocemos el problema, ¿cómo podríamos posiblemente conocer su respuesta? El ego nos dice que el problema radica en los demás, reforzando así la separación que es el ego. Esto oculta el hecho de que es solo la creencia de la mente en la separación la que es el problema, nada más. En medio de la locura del ego, el Espíritu Santo nos recuerda gentilmente que hay no hay separación entre nosotros y nuestros hermanos, porque somos iguales: la petición de ayuda de un hermano hace eco de la nuestra propia, como lo hace su curación; retener la ayuda hacia otro, nos la quita a nosotros mismos, el extenderla nos cura. (I.6: 3-7) Toda sensación de esfuerzo proviene de tus intentos de no hacer simplemente eso. ¡Cuán simple es, entonces, el plan de Dios para

la salvación! No hay sino una sola manera de reaccionar ante la realidad porque la realidad no suscita conflicto alguno. No hay sino un solo Maestro de la realidad, el Cual entiende lo que ésta es. Este Maestro no cambia de parecer con respecto a la realidad porque la realidad no cambia.

Nuestra "sensación de esfuerzo" es el resultado de no reconocer que un aparente ataque es una petición de ayuda, que refleja nuestra propia petición de ayuda. Esta defensa requiere un gran y persistente esfuerzo porque niega la verdad del plan de Expiación de Dios. Aunque el ego nos dice que la realidad ha cambiado, el hecho es que el amor siempre está ahí y nada ha cambiado. Esto significa que la culpa que es la génesis del mundo nunca sucedió, lo que también significa que el mundo tampoco nunca sucedió.

¿Cómo, entonces, pueden nuestras interpretaciones del mundo no ser ilusorias?

Qué simple se vuelve la vida. Nos damos cuenta de que, porque alguien expresa amor o lo pide, nuestra respuesta, como ya hemos visto, es siempre amor. Todo esfuerzo, enfermedad e infelicidad son el resultado de no reconocer que cualquier tipo de ataque es inventado. Nuestros sentimientos de malestar son malas interpretaciones que convierten el ataque percibido en un ataque, haciendo que el error sea real. Estas percepciones erróneas no son sino sombras reflejadas de la percepción errónea original de creer que la separación realmente ocurrió y que el ataque a Dios fue real. Esto es lo que representamos cada vez que elegimos ver a otro como separado de nosotros mismos.

(1.8: 1-5) Al aplicar cada vez más la interpretación del Espíritu Santo a las reacciones de otros, irás cobrando mayor conciencia de que Su

criterio es igualmente aplicable a las tuyas. Pues reconocer el miedo no es suficiente para poder escaparse de él, aunque sí es necesario para demostrar la necesidad de escapar. El Espíritu Santo tiene aún que transformar el miedo en verdad. Si se te dejase con el miedo una vez que lo hubieses reconocido, habrías dado un paso que te alejaría de la realidad en vez de acercarte a ella. No obstante, hemos señalado repetidamente la necesidad de reconocer el miedo y de confrontarlo cara a cara, como un paso crucial en el proceso de desvanecer el ego. Jesús nos está animando a practicar sus lecciones, que por supuesto el libro de ejercicios nos capacita para hacerlas. Como aprendemos que nos sentimos mejor cuando abandonamos nuestros resentimientos y pensamientos de ataque, reconociendo que pensar que éstos aliviarían el miedo fue un error, se hace más fácil perdonar. Nos están enseñando que el propósito del miedo es mantenernos alejados del amor, y que el precio que pagamos por esta defensa ya no vale la pena. Así es como el Espíritu Santo traduce nuestro miedo en verdad. No es suficiente para nosotros ser conscientes del miedo, aunque ese paso es esencial. También debemos reconocer el propósito del miedo para que podamos elegir en su contra. Hasta que nos demos cuenta del costo para nosotros de mantener alejado el amor, nunca estaremos motivados para dejar que el ego desaparezca. Este es el paso que permite que el Espíritu Santo traduzca el miedo en amor, que nuestras mentes duales experimentan como que Él nos lo quita. Desde aquí hasta el final del párrafo 9, encontramos una explicación brillante de por qué el ataque es una petición de ayuda: (I.8: 6-10) Considera entonces lo mucho que te va a servir la interpretación que hace el Espíritu Santo de los motivos de los demás. Al haberte enseñado a aceptar los pensamientos de amor de otros y a considerar todo lo demás como una petición de ayuda, te ha enseñado que el miedo en sí es una petición de ayuda. Esto es lo que realmente quiere decir reconocer el miedo. Si tú no lo proteges, el Espíritu Santo

lo re-interpretará. En esto radica el valor principal de aprender a percibir el ataque como una petición de amor. El milagro se puede definir como un cambio en la percepción, en el cual el Espíritu Santo nos enseña una forma diferente de mirar el miedo. En lugar de atribuirlo a causas externas que requieren defensa, nos muestra al miedo como una motivación interna para protegernos del amor que acabaría con el ego y disolvería nuestro ser especial. Al ver cómo funciona esto en nosotros mismos y en los demás, entendemos la base del perdón: ya que todos tememos al amor, y compartimos la loca necesidad de protegernos a través del ataque, también compartimos el pedido de amor y de ayuda. Ver a través del miedo nos permite no protegerlo más a través de la proyección, y así podemos aceptar la curación que el Espíritu Santo nos ofrece continuamente.

(I.8: 11-13) Ya hemos aprendido que el miedo y el ataque están inevitablemente interrelacionados. Si el ataque es lo único que da miedo, y si consideras al ataque como la petición de ayuda que realmente es, te darás cuenta de la irrealidad del miedo. Pues el miedo es una súplica de amor, en la que se reconoce inconscientemente lo que ha sido negado.

En el gráfico, vemos al amor en el lado del Espíritu Santo en la mente dividida; estrictamente hablando, es el recuerdo del amor el que está en nuestras mentes correctas, porque el amor no se puede conocer en el sueño. Frente a esto está la creencia inventada por el ego de que atacamos a Dios – el pensamiento equivocado que el ego llama pecado – el cual es la fuente de nuestro miedo. El miedo, entonces, es realmente una defensa contra el amor, o mejor, una defensa contra nuestra elección de recordar el amor. La

trinidad impía del ego de pecado-culpa-miedo es una defensa contra esta

elección al impulsarnos a abandonar la mente e identificarnos con el mundo, donde todo lo que vemos es un ataque. Sin embargo, estas expresiones externas de ataque vienen del miedo de la mente de que seremos castigados por nuestro ataque original y, para repetir, el miedo es

una defensa contra la decisión de la mente de recordar el amor. Sin embargo, ya que no necesitamos recordar el amor porque nunca lo abandonamos, el miedo no solo es innecesario sino inherentemente irreal.

El párrafo 9 se basa en esta lógica:

(I.9: 1-4) El miedo es un síntoma de tu profunda sensación de pérdida. Si al percibirlo en otros aprendes a subsanar esa sensación de pérdida, se elimina la causa básica del miedo. De esta manera, te enseñas a ti mismo que no hay miedo en ti. Los medios para erradicarlo se encuentran en ti, y has demostrado esto dándoselo a otros.

La causa básica del miedo es la separación, y cuando reconocemos la necesidad de despertar que nos une a unos con otros, el miedo debe desaparecer. Nadie puede hacer esto por nosotros, sino que podemos hacerlo cuando elegimos un Maestro diferente. Por lo tanto, cuando estamos acosados por la ansiedad, el miedo y la preocupación de cualquier

tipo, solo necesitamos reconocer que la decisión de la mente por la separación es su núcleo. Pedir ayuda al Espíritu Santo significa unirse con

otro en el perdón, deshaciendo la creencia en la separación que dio origen al

miedo, el cual ocultaba el amor que es nuestra realidad común.

(I.9: 5-6) El miedo y el amor son las únicas emociones que eres capaz de

experimentar. Una es falsa, pues procede de la negación, y la negación depende, para poder existir, de que se crea en lo que se ha negado.

Que "el miedo y el amor son las únicas emociones" es una idea que se presentará casi de la misma forma en el próximo capítulo (T-13.V). Si el miedo es la negación del amor, el amor debe existir primero si el miedo lo

va a negar. Esto significa que la importancia del miedo radica solo en su

papel como defensa para mantener el amor oculto. El miedo, hecho de

negación, depende para su existencia de la creencia en lo que se niega.

Mientras que las defensas están diseñadas para protegernos en última instancia del amor que tememos, paradójicamente adquieren su significado

del amor que es el objeto del miedo, reforzando la creencia en lo que deben

negar, como ahora leemos:

(I.9: 7-8) Al interpretar correctamente al miedo como una afirmación categórica de la creencia subyacente que enmascara, estás socavando la

utilidad que le has atribuido al hacer que sea inútil. Las defensas que son inservibles se abandonan automáticamente.

El propósito del miedo es ocultar el amor. Cuando podemos ver el amor a

nuestro alrededor porque reconocemos debe estar presente, aunque tengamos miedo, el amor ya no está oculto. Esto hace que el miedo sea

innecesario como una defensa: si he elegido el miedo y el ataque para mantener el amor alejado, y sé que el amor está aquí, el miedo y el ataque

son inútiles y, en consecuencia, no significan nada. Si tenemos un arma

cuyo propósito es protegernos y ya no es efectiva, la descartamos como

obsoleta. Aún más, no hay nada ahí fuera por lo que necesitemos protección. Entonces, ¿quién necesita al miedo sino los locos que se aferran

a la protección con lo que no cumple su función?

(I.9: 9-11) Si haces que lo que el miedo oculta pase a ocupar una posición inequívocamente preeminente, el miedo deja de ser relevante.

Habrás negado que puede ocultar al amor, lo cual era su único propósito. El velo que habías puesto sobre la faz del amor habrá desaparecido.

Jesús nos está ayudando a darnos cuenta de que nuestras terribles percepciones erróneas de lo que el ego etiqueta como ataque y maldad son

meras defensas contra el amor. Nuestro hermano mayor ejemplifica el amor,

mostrándonos cómo ver todos los ataques como una petición de amor, lo que significa que primero expone el miedo como defensa y luego lo deja sin significado. Siempre que tengamos la tentación de sentir miedo o enojo, debemos recordar que estas son defensas contra el amor, y que estamos aprendiendo a recordar el amor que es nuestra identidad. Esto hace del miedo algo inútil, porque no tiene un propósito. Jesús y su curso lo han burlado. A medida que aprendemos a aplicar los principios del Curso en nuestras vidas, es necesario que nos suscribamos al juicio del Espíritu Santo de ver amor o peticiones de amor, para que cuando tengamos la tentación de etiquetar a las personas como malvadas, perversas o pecaminosas, sabríamos que están tan asustados como nosotros porque solo “los que tienen miedo pueden ser crueles” (T-3.I.4:2). Además, como el miedo es el intento de cubrir el Amor de Dios del que todos estamos aterrorizados, ¿cuál puede ser el objetivo de las defensas, o de librar la guerra luchando contra un enemigo que no existe? La guerra es una defensa contra el amor, y si aceptamos el amor como nuestro verdadero Ser, ya no necesitaremos la defensa. Se habrá vuelto obsoleta y sin sentido. Ahora debería estar muy claro por qué las personas se resisten a este curso y al juicio del Espíritu Santo. Queremos enemigos porque no queremos reconocer el amor como la única realidad, aprendiendo que todo lo demás – el sistema de pensamiento del ego y el mundo – es una defensa contra este amor y un intento de mantenerlo oculto. Un Curso de Milagros saca suavemente a la luz las defensas del ego, disipándolas para siempre.

(I.10) Si deseas contemplar el amor, que es la realidad del mundo, ¿qué mejor cosa podrías hacer que reconocer en toda defensa contra él la súplica de amor subyacente? ¿Y de qué mejor manera podrías darte cuenta de su realidad que respondiendo a esa súplica dando amor? La interpretación que el Espíritu Santo hace del miedo ciertamente lo desvanece, pues la conciencia de la verdad no se puede negar. De esta manera el Espíritu Santo reemplaza al miedo por el amor y transforma el error en verdad. Y de esta manera aprenderás de Él cómo reemplazar tu sueño de separación por el hecho innegable de la unidad.

Pues la separación no es otra cosa que la negación de la unión, y si se interpreta correctamente, da testimonio de tu eterno conocimiento de que la unión es verdad.

Este es un resumen encantador de la sección y, de hecho, del mensaje del

Curso. Al reconocer nuestra infelicidad con la guía de miedo y ataque del

ego, y nuestro deseo por el amor que está más allá de ellos, estamos abiertos a la nueva interpretación del miedo por parte del Espíritu Santo.

Ahora estamos motivados para cambiar las percepciones de nuestros socios

especiales de amor y odio, porque al hacerlo nuestras relaciones de separación son transformadas en aquellas que reflejan la Unidad del Cielo.

Lo que el ego hizo como defensas contra el amor, la sabiduría del Espíritu

Santo las transforma en peticiones de amor. Las ilusiones del miedo se convierten en los medios que nos llevan a la verdad de quienes somos como

niños del amor. Es muy útil entender la lógica del argumento de Jesús y cómo encaja en su texto sinfónico, ya que esto facilita que vivamos su verdad y la demostremos a otros, y al mismo tiempo, reforzamos la conciencia de su presencia en nosotros mismos.

El siguiente es un resumen sucinto de lo que acabamos de discutir:

(II.2: 9) Percibir la curación de tu hermano como tu propia curación es, por lo tanto, la manera de recordar a Dios.

En otras palabras, somos uno. Si realmente deseo recordar a Dios y volver a

casa, debo darme cuenta de que no hay separación entre Dios y yo, ni entre

los miembros de la Filiación. Todos somos iguales, compartiendo la misma

locura y las defensas de la culpa, el miedo y el ataque, mientras compartimos el amor que hay detrás de todas ellas.

(II.2: 10) Pues te olvidaste de tus hermanos y de Dios, y la Respuesta de

Dios a tu olvido no es sino la manera de recordar.

Darnos cuenta de que nuestros hermanos somos nosotros mismos se convierte en el impulso del Curso. Ver a alguien como separado de nosotros, verlos como malvados mientras nosotros somos los inocentes, es

la percepción errónea que surge del ego como una necesidad de interpretar

la realidad como mejor le parezca: la separación es real, la cual es la creencia que inevitablemente sigue al principio de uno u otro: uno es bueno,

el otro malo. La respuesta a esta locura es la corrección del Espíritu Santo:

juntos, o no en absoluto; todos somos buenos o todos somos malos. La Filiación de Dios es una.

(II.3: 1) No percibas en la enfermedad más que una súplica de amor ... Curiosamente, vemos aquí lo que vimos en la sección anterior, "El juicio

del Espíritu Santo". El tema es transpuesto a la enfermedad – diferente forma, mismo contenido.

(II.3: 1-3) No percibas en la enfermedad más que una súplica de amor, y ofrécele a tu hermano lo que él cree que no se puede ofrecer a sí mismo. Sea cual sea la enfermedad, no hay más que un remedio.

Alcanzarás la plenitud a medida que restaures la plenitud de otros, pues percibir en la enfermedad una petición de salud es reconocer en el

odio una súplica de amor.

En contenido, la enfermedad no es diferente del ataque; este último dice que

nuestro enemigo es otra persona, mientras que la enfermedad dice que es un

microorganismo o un órgano defectuoso. Percibimos erróneamente en ambos casos. Vemos el germen o la parte específica del cuerpo como

separado de noso-tros, con poder para atacar nuestra salud física, y esto no es diferente de ver el mal con el poder de dañarnos y quitarnos la paz que es nuestro verdadero estado natural. No hace falta decir que es solo la mente, no el cuerpo, quien puede hacer esto. Quien esté más sano debe ofrecer este remedio curativo del perdón al otro.

(II.3: 4-6) Y dar a un hermano lo que realmente desea es ofrecértelo a ti mismo, ya que tu Padre dispone que comprendas que tu hermano y tú sois lo mismo. Concédete su petición de amor, y la tuya quedará concedida. La curación es el Amor de Cristo por Su Padre y por Sí Mismo.

La curación deshace la culpa por la separación que es la raíz de la enfermedad; lo mismo que el perdón deshace la culpa que es la raíz del odio. A través de la visión de que compartimos el mismo propósito con otro, la mente se cura cuando se levanta el velo de especialismo del ego y recordamos que somos uno con Dios. Este reflejo en la tierra de la Unidad de Cristo en el Cielo es el significado del perdón, el tema al que ahora vamos.

Perdón: no hacer real el error.

Una de las formas favoritas del ego para hacer que el error sea real es analizarse a sí mismo, como si él fuera el problema. Esto oculta muy hábilmente el problema real: la mente que ha elegido el ego. Así leemos:

(I.2: 1-3) Analizar los motivos del ego es algo muy complicado, muy confuso y nunca se hace sin la participación de tu propio ego. Todo el proceso no es sino un intento inequívoco de demostrar que tienes la capacidad de comprender lo que percibes. Esto lo prueba el hecho de que reaccionas ante tus interpretaciones como si fuesen correctas. Nuestra locura alcanza su cenit en la obstinada insistencia de que nuestras percepciones son válidas. El hecho de que percibamos en absoluto demuestra nuestra locura, y encima la defendemos con una comprensión

muy limitada. Jesús nos ayuda a observar cómo el ego se hace real, y luego nos convence de que vale la pena analizarlo. Sin detenerse allí, nos dice que las diferentes percepciones e interpretaciones merecen serias consideraciones, estudio y debate. Y todo el tiempo, estas investigaciones sin sentido protegen el problema de la elección equivocada del tomador de decisiones para que pueda ser corregida.

Un ejemplo específico de cómo funciona el perdón viene en la sección "Cómo invertir en la realidad". Este se enfoca en no hacer que el error sea real, discutido por primera vez en "El juicio del Espíritu Santo": (III 2: 1-2) Suponte que un hermano insiste en que hagas algo que tú crees que no quieres hacer. Su misma insistencia debería indicarte que él cree que su salvación depende de que tú hagas lo que te pide. Si alguien insiste en algo, sabemos que esa persona está loca, porque solo la locura llevaría a uno a creer que hacer (o no hacer) algo es importante. Piensa en todas las pequeñas cosas (deja de lado las grandes cosas por el momento) que nos molestan o nos enojan, especialmente cuando involucran a quienes no hacen las cosas de la forma en que pensamos que deberían hacerse; o creemos que la salvación radica en que un objeto esté de cierta manera en nuestro escritorio o en la cocina; o una pieza de joyería o ropa debería verse así en nuestro cuerpo o el de otro. Esto ciertamente no significa que no debemos tener preferencias; ¿por qué no hacer que nuestros escritorios, cocinas y cuerpos sean como deseamos que sean? Pero Jesús está hablando aquí sobre insistencia, cuando nuestra paz y felicidad dependen de lo externo, y decimos: "Encontraré la paz de Dios si las cosas están exactamente como las dejé ayer; encontraré la felicidad si antes de

dejar la casa me veo perfecta". Nuevamente, esto no tiene sentido porque la paz de Dios y nuestra salvación solo vienen de aceptar la Expiación, y no tienen nada que ver con lo externo.

(III 2: 3-7) Si insistes en que no puedes satisfacer su deseo y experimentas de inmediato una reacción de oposición, es que crees que tu salvación depende de no hacerlo. Estás, por lo tanto, cometiendo el mismo error que él, y haciendo que su error sea real para ambos. Insistir significa invertir, y aquello en lo que inviertes está siempre relacionado con tu idea de lo que es la salvación. La pregunta se compone de dos partes: primera, ¿qué es lo que hay que salvar? Y segunda, ¿cómo se puede salvar?

La siguiente oración nos dirá que es el ego el que debe salvarse, y la forma en que se salva es a través del ataque, el cual incluye cualquier expresión de separación o especialismo. Para repetir, no hay nada malo con tener preferencias, pero cuando creemos que nuestras preferencias especiales deben cumplirse o de lo contrario, esto será un infierno, nos damos cuenta de que hemos elegido al ego como salvador en lugar del Espíritu Santo. La bandera roja es siempre la insistencia, ya sea que insistamos en que algo se haga como queremos, o que la locura de otro no es la nuestra, lo que nos lleva a exclamar: "¡No haré eso!"

Cuando, por lo tanto, nos sentimos molestos o muy insistentes con otra persona, estamos compartiendo la locura. Sería muy útil reconocer que esto es lo que estamos haciendo, porque luego podríamos decir: "Sí, por supuesto que estoy loco. Estoy loco; todos estamos locos. Como dijo el Gato de Cheshire a la pequeña Alicia: "Todos estamos locos aquí"". De hecho, no sabremos que compartimos la cordura de Cristo hasta primero

aceptar que compartimos la locura del ego. Una forma efectiva de descubrir esta locura es pasar tiempo y/o compartir un espacio con alguien – en casa, en el trabajo o estar con amigos – y darnos cuenta, cuán territoriales nos hemos vuelto, cuán molestos nos ponemos cuando las cosas no se hacen de la manera "correcta". Podemos, de hecho, ser correctos en el nivel de la forma, pero es la insistencia la que nos dice que estamos equivocados. La forma es un criterio de nada, porque solo el contenido de amor es verdadero.

(III.3: 1) Cada vez que te enfadas con un hermano, por la razón que sea, crees que tienes que proteger al ego, y que tienes que protegerlo atacando. El ego nació a través de la creencia de que el Hijo atacó a Dios, y es sostenida por el ataque – a Dios, a nuestros hermanos y a nosotros mismos. La culpa proyectada por la mente ataca a otros al hacerlos responsables de lo que secretamente creemos que hemos hecho. Y así, nosotros, el ego separado, somos salvados; el yo especial que fue forjado por la culpa ahora es preservado por la ira.

(III.3: 2-4) Si es tu hermano el que ataca, estás de acuerdo con esta creencia; si eres tú el que ataca, no haces sino reforzarla. Recuerda que los que atacan son pobres. Su pobreza pide regalos, no mayor empobrecimiento. Regresamos al juicio del Espíritu Santo. La pobreza de las personas – su inversión en la creencia de que el ego ha triunfado sobre Dios, dejándolos privados de amor – no pide el refuerzo de un ataque adicional, sino que pide el regalo de Expiación que les dice que no tienen que estar molestos, porque

nada ha pasado que pueda cambiar su abundancia innata como el Hijo de Dios. Cuando las personas actúan perjudicialmente para sí mismas o para otros, suplican por ayuda: "Por favor, muéstrame que estoy equivocado; que no he atacado a Dios y no que seré castigado por mi pecado. Por favor muéstrame que hay otro sistema de pensamiento que corrige mi elección equivocada". Cuando en cambio los atacamos al insistir que están equivocados y que deberían ser castigados, estamos diciendo: "Tenías razón al elegir el ego, excepto que mi ego es mejor que el tuyo. Felizmente (para mí), yo viviré y tú morirás". Esto significa que cuando reaccionamos a los errores de otros como si fueran pecados, reforzamos su culpa por elegir el ego, lo que refuerza la nuestra. Por otro lado, cuando reaccionamos al error de elegir el ego sobre el Espíritu Santo llamándolo solo un error, nuestra indefensión se convierte en la respuesta de curación. Demostrar que el error de otro no tuvo efecto es el significado del perdón: el "pecado" no tuvo repercusiones y no hay castigo – no pasó nada. En este instante santo nosotros encarnamos el principio de Expiación. Al convertirnos en la manifestación del mensaje de Jesús, ejemplificamos su resurrección a las mentes que habían elegido creer en la crucifixión, pero que ahora pueden elegir de nuevo. (III.3: 5-6) Tú que podrías ayudarles estás ciertamente actuando en forma destructiva si aceptas su pobreza como propia. Si no hubieses invertido de la manera en que ellos lo hicieron, jamás se te hubiese ocurrido pasar por alto su necesidad. No hubiésemos pasado por alto su necesidad porque nos habríamos dado cuenta de que su necesidad es la nuestra; su petición de ayuda también es

nuestra petición. Como ya hemos visto, este reconocimiento de la unidad del Hijo de Dios, en la abundancia de la Mente Uno y en la pobreza de la mente dividida, es la forma en que recordamos a nuestro Creador y Fuente.

(III.4: 1-3) Reconoce lo que no importa, y si tus hermanos te piden algo “descabellado”, hazlo precisamente porque no te importa. Niégate, y tu oposición demuestra que si te importa. Eres única-mente tú, por lo tanto, el que determina si la petición es descabellada o no, y toda petición de un hermano es tu propia petición.

Jesús no está hablando de forma. Si alguien te pide que hagas algo descabellado, como saltar del Puente Golden Gate, no significa que debas hacerlo. Por cierto, Jesús califica esto más tarde: "He dicho que si un hermano te pide que hagas algo que a ti te parece absurdo, que lo hagas. Pero ten por seguro que esto no significa que tengas que hacer algo que pudiese ocasionarte daño a ti o a él, pues lo que le hace daño a uno, le hará daño al otro" (T-16.I.6:4-5). El enfoque de Jesús es en el contenido: la rápida resistencia cuando otros nos piden que hagamos algo descabellado y gritamos "¡No!" internamente. Esto nos dice que somos tan descabellados como ellos. No importa cómo pueden estar locos a los ojos del mundo, estamos igual de locos si pensamos que no hacer la cosa descabellada es la salvación. Una vez más, esto no significa que necesariamente hagamos lo que se nos ha pedido (la forma), pero sí significa que no experimentamos ninguna resistencia a hacerlo (el contenido). Hacer lo contrario es hacer que el error que es el ego sea real, dándole una importancia y un poder que una ilusión nunca puede tener, que es lo que hace que nuestra respuesta sea tan

descabellada.

(III.4: 4) ¿Por qué te empeñas en negarle lo que pide?

Recuerda, las personas no están pidiendo realmente un comportamiento

específico, sino que se les demuestre que están equivocados acerca de la

elección de su mente de invertir en el ego, y que hay algo más en lo que

pueden depositar su confianza. Podemos decir "no" en el nivel de forma

siempre que digamos "sí" a la verdad que nuestro hermano nos pregunta:

"¿Puedes mostrarme que estaba equivocado?" Respon-demos afirmativamente cuando no respondemos a la defensiva con una respuesta

descabellada a una solicitud aparentemente descabellada, que dice que no

haremos lo que se nos ha pedido. En otras palabras, en nuestras mentes

correctas podemos negar el deseo del ego de negar a otro la respuesta que

es para nosotros.

(III.4: 5-8) Pues negárselo [negar la petición de ayuda de tu hermano] es negártelo a ti mismo, y empobrecerte a ti y a él. Él está pidiendo la salvación, al igual que tú. La pobreza es siempre cosa del ego y nunca de Dios. Ninguna petición es "descabellada" para el que reconoce lo que es valioso y no acepta nada más.

Lo que es valioso es el Amor indefenso del Espíritu Santo; lo que no tiene

valor y, en consecuencia, es verdaderamente descabellado, es el empobrecimiento que creemos que puede existir en lugar de Dios.

Siempre

necesitamos recordar que esto no tiene nada que ver con el comportamiento

sino solo con mirar a través de los ojos de Jesús y dejarlo juzgar a la otra

persona por nosotros: que expresa amor o lo pide. De cualquier manera,

nuestra respuesta sería amorosa e indefensa, reflejando la Abundancia que

nos creó y que somos.

Es útil ver qué tan rápido permitimos que las cosas nos quiten la paz.

No

hace diferencia si estas son grandes o pequeñas. Cuando

reaccionamos con

ira o actitud defensiva, debemos darnos cuenta de que somos nosotros los

que estamos locos, porque hemos elegido creer en un sistema de pensamiento loco, y es imposible que respondamos de una manera verdaderamente servicial y amorosa cuando estamos en medio de la locura.

Esto significa que nosotros hemos confundido causa y efecto

(pensamiento

y comportamiento), y hemos olvidado que su principio puede servir al propósito del perdón, nuestro próximo tema.

Causa y efecto

Volvemos a un pensamiento que expresamos anteriormente. Este insinúa el

tema de causa y efecto que se convierte en dominante más adelante, pero

que destacamos brevemente ahora. El perdón demuestra que el pecado no

tiene efecto: el amor en nuestras mentes no ha cambiado debido a lo que

alguien aparentemente nos ha hecho. Al demostrar que el pecado no tiene

efecto, demostramos que no es una causa. Como veremos en movimientos

posteriores de nuestra sinfonía, si el pecado no es una causa, no existe. La

premisa subyacente de este argumento es que todo lo que existe debe ser

una causa. Cada acción tiene una reacción, como la física enseña. Si algo

existe, debe afectar a otra cosa. Al mostrar que el aparente pecado de otro

no nos ha afectado (no estamos enojados, por ejemplo), demostramos que

no existe – el verdadero significado del perdón.

(V.3: 1-2) No podrás darte cuenta de cuán inútil es el ataque hasta que

no reconozcas que los ataques que lanzas contra ti mismo no tienen efectos. Pues otros ciertamente reaccionan al ataque si lo perciben, y, si

estás tratando de atacarles, no podrás sino interpretar su reacción como un refuerzo de tu creencia en el ataque.

Una vez más, se trata de interpretación, o mejor, de mala interpretación.

Percibimos mal al juzgar el comportamiento de las personas como un ataque, acusándolos de pecado, y así, nuestro contraataque les dice que son

malhechores que merecen el castigo de la justicia. Al reaccionar indefensamente, por otro lado, nosotros enseñamos que su pecado no tuvo

efecto, y, por lo tanto, que no es un pecado y que es perdonado. Una vez

más, no nos referimos a la respuesta conductual de nuestro cuerpo, sino

solo a la actitud de la mente en favor de la mentalidad-errada o de la correcta.

(V.3: 3-4) El único lugar donde puedes cancelar todo refuerzo es en ti mismo. Pues tú eres siempre el primer blanco de tus ataques, y si éstos

nunca han tenido lugar, tampoco pudieron haber tenido consecuencias.

Jesús nos dice que no hay mundo fuera de la mente. Lo que aparece como

el mundo es simplemente el efecto proyectado de nuestra creencia en la

realidad del pecado. Si nos hubiésemos dado cuenta de que el ataque era

una petición de amor, no hubiese habido necesidad del mundo como defensa. De esta manera, la relación causa-efecto del ego es deshecha al ver

el mundo a través de los ojos del Espíritu Santo, a través de los cuales todo

se ve ya sea como una expresión de amor o como una petición de él. Esta

visión es el resultado inevitable de nuestro aprendizaje de Jesús de que no

debemos tomarnos personalmente lo que otros hacen; sus elecciones

egoicas no tienen efecto en nuestra paz, la cual refleja el principio de Expiación que cura la creencia de la mente en la separación y el pecado. No

importa lo que suceda, la paz de la mente permanece, a menos que nosotros

elijamos no ser conscientes de ella. Nuestro hermano mayor está enseñándonos que somos nosotros los que hemos "tomado" la paz de nosotros mismos, no otro, y esta conciencia es el requisito previo para el

perdón.

La nueva forma de ver lo que enseña Un Curso de Milagros es que el mundo es un aula. Al pedir ayuda para percibirnos a nosotros mismos de

manera diferente, habiendo hecho primero el ataque real sintiéndonos atacados o al identificarnos con los que han sido atacados, pedimos ayuda

para percibirnos de manera diferente. Como nos enseñamos a nosotros mismos equivocadamente al elegir al maestro equivocado, reforzando la

culpa en lugar del perdón, necesitamos que nos enseñen otra forma de mirar. Es por eso que el Curso viene en un marco de plan de estudios completo, con un Maestro. Al elegir aprender Sus lecciones, desaprendemos el ego, lo que nos lleva a nuestro próximo tema.

Enseñanza y aprendizaje.

Enseñar y aprender es otro motivo importante que se desarrolla en Un Curso de Milagros, y de vez en cuando es el tema principal de nuestra sinfonía. La sección "El programa de estudios cuerdo" es uno de esos momentos, corrigiendo el programa de estudios de odio, ataque y castigo

del ego. Empezando con el párrafo 5, Jesús habla específicamente sobre

nuestra necesidad de un maestro diferente, una parte crucial de su curso:

(V.5: 1-3) Tienes problemas de aprendizaje en un sentido muy literal. Ciertas áreas de tus facultades para aprender están tan deterioradas, que sólo puedes progresar bajo una dirección clara, precisa y constante, suministrada por un Maestro Que pueda trascender tus limitados recursos. Él se convierte en tu Recurso, ya que por tu cuenta no puedes aprender.

Esto debería ser un consuelo para todos los estudiantes del Curso, porque aquí, en medio del Capítulo 12, Jesús nos dice: "No estás aprendiendo esto muy bien y no debes sorprenderte. Cuando tú aprecies la enormidad del sistema de pensamiento del ego, comprenderás tus dificultades para aprender. Estas no tienen nada que ver con una capacidad intelectual deteriorada, sino solo con el terror de tu mente a permitir que desaparezca lo que el ego te ha enseñado sobre la separación, la individualidad y la protección de su sistema de pensamiento a través del ataque". Crecemos en esta comprensión a medida que respetamos nuestra identificación con el cuerpo como defensa contra la mente, acerca de la cual el ego nos ha enseñado que nos destruirá. Por lo tanto: "Tú piensas que se te está destruyendo, sin embargo, se te está salvando" (L-pl.93.4:4). La mente tomadora de decisiones no nos destruirá, sino que nos salvará. Este es el por qué necesitamos un maestro interno que nos señale pacientemente los errores ilusorios en nuestros caminos, comenzando con nuestro odio. Es en este contexto que Jesús nos refleja por qué su curso es tan difícil y tan doloroso de aprender. La parte de nosotros que no quiere renunciar a nuestro sistema de pensamiento no quiere aprender sus lecciones. De hecho, hemos sido malos alumnos y maestros: (V.5: 4-7) Es imposible aprender nada en la situación de aprendizaje en la que te has puesto a ti mismo, y es obvio que en esa situación necesitas un Maestro especial así como un programa de estudios especial. A los malos estudiantes no se les debería elegir como maestros de sí mismos o de otros. No te dirigirías a ellos para establecer el programa de estudios que les permitiría escapar de sus limitaciones. Si comprendiesen lo que se encuentra más allá de ellos, no tendrían limitaciones. No podemos enseñarnos a nosotros mismos, ni podemos aprender el

perdón. Las aulas en las que creemos que encontraremos la paz y el amor son las de nuestras relaciones especiales, las cuales nos brindan únicamente lecciones de culpa, odio y pérdida. Sin embargo, como creemos que sabemos lo que necesitamos, es este especialismo lo que tratamos de aprender, la condición demente que finalmente nos permite llamar a otro

Maestro. Su programa de estudios nos lleva más allá de las limitaciones al amor ilimitado que nos creó.

(V.6: 1-3) No sabes cuál es el significado del amor, y ésta es tu limitación.

No intentes enseñarte a ti mismo lo que no entiendes, ni trates de establecer los objetivos del programa de estudios cuando los tuyos claramente han fracasado.

¿Cómo podríamos nosotros como cuerpos saber el significado del amor,

dado que el mundo fue creado para proteger la culpa que mantiene alejado

el amor? Jesús nos está enseñando que, mediante el perdón, el cual deshace

la culpa, es cómo aprendemos el significado del amor. El problema es que

esto no es lo que hemos aprendido, porque queremos que el mundo nos

enseñe que la culpa es real, pero que no está en nosotros mismos, y que el

amor todavía se puede encontrar aquí. Recuerda la máxima del ego, la cual

se repetirá a continuación: "Busca y no halles". Hemos establecido un programa de estudios que se estableció para fracasar, y así será hasta que

cambiamos a nuestro maestro.

(V.6: 4-7) No puedes transferir lo que no has aprendido, y el menoscabo

de tu capacidad de generalizar es un fallo fundamental de tu aprendizaje. ¿Les preguntarías a los que no han podido aprender para qué sirven los recursos de aprendizaje? Ellos no lo saben. Si pudiesen interpretar correctamente dichos recursos, habrían aprendido de ellos.

Los recursos de aprendizaje son nuestras relaciones. Como Jesús nos pregunta varios capítulos más adelante (T-20.III.7:5-10): ¿Por qué le preguntas a la única cosa – es decir, el cuerpo o el ego – en todo el universo que no lo sabe, qué es la realidad? ¿Por qué insistes en pedirle a un mundo que no reconoce el amor y la paz para que te diga dónde encontrarlos? El ego aconseja que el amor se puede encontrar en las personas, y la paz en triunfar sobre los enemigos, viendo el pecado en ellos y dejándonos inocentes.

Volveremos al importante tema de la generalización, la clave para la curación de la mente, ya que deshace el énfasis del ego en la especificidad del especialismo, su arma principal contra la naturaleza abstracta del Amor de Dios.

(V.7: 1-2) He dicho que la regla del ego es: “Busca, pero no halles”. Traducido al lenguaje del programa de estudios eso significa: “Trata de aprender, pero no lo logres”.

Buscamos desesperadamente la paz y el amor, pero nunca los encontraremos porque no nos damos cuenta de que primero debemos desaprender lo que el ego nos enseñó sobre ellos: dominación, triunfo, seducción y manipulación. Estas formas diferentes de especialismo se originan en la decisión de la mente por el ego. Esta es solo otra forma de

aprender que el amor que buscamos está en la mente y nunca se podrá encontrar en el mundo de los cuerpos, el hogar proyectado del amor especial.

(V.7: 3-4) El resultado de este objetivo de aprendizaje es obvio: hará que se interprete errónea-mente todo recurso de aprendizaje legítimo, toda instrucción real y toda dirección sensata, ya que el propósito de éstos es facilitar el aprendizaje al que se opone ese absurdo programa de estudios.

Jesús nos está diciendo a nosotros, sus alumnos: “Te estoy enseñando cómo

perdonar, cómo ver todas las situaciones como oportunidades de aprender el

perdón, pero sigues malinterpretándolas como lecciones de culpa y ataque.

Mira cómo el plan de estudios del ego está diseñado para generar conflictos

y miedo, mientras que el mío solo puede conducir a la paz que has buscado

pero que nunca has hallado".

(V.7: 5-6) Si estás tratando de aprender cómo no aprender, y el objetivo

de lo que enseñas es la auto-derrota, ¿qué puedes esperar sino confusión? Un programa así no tiene sentido.

Esto refleja la confusión de nuestras vidas, por qué todos tienen problemas

con este curso. Intentamos estudiar su claro mensaje, mientras que al mismo

tiempo tratamos de ocultarlo. En otras palabras, queremos permanecer en el

sueño de la separación, pero siendo más felices, mientras que el objetivo del

Curso es ayudarnos a despertar y ser verdaderamente felices. ¿Cómo podemos aprender a perdonar y regresar a casa cuando nuestra agenda

oculta es permanecer dormidos y responsabilizar a otros por nuestra miseria?

(V.7: 7-9) Este intento de "aprender" ha debilitado tanto tu mente que no puedes amar, ya que el programa que has escogido es contrario al amor, y no es más que un curso en atacarte a ti mismo. Un objetivo suplementario de este programa es no aprender cómo superar la división que da credibilidad a su objetivo principal. Y no te será posible superar esa división siguiendo dicho programa, ya que todo lo que aprendas será a su favor.

No queremos superar la división o separación, porque queremos aprender

este curso sobre el perdón, quedándonos aquí y reteniendo nuestra existencia individual. Creemos que la paz viene de triunfar sobre otro, y que

el amor se trata de satisfacer las necesidades y de hacer compromisos para

que podamos obtener lo que queremos y llenar la falta que creemos que está

dentro de nosotros. Dada esta inversión en el especialismo, Jesús pregunta, ¿no es imposible así aprender este curso, ya que el verdadero aprendizaje significa ir dentro y reconocer que estamos completos dentro de nosotros mismos? Es solo al elegir contra el interés propio del ego, actuando desde el interés Propio, que podemos aprender el plan de estudios de Jesús y reconocer el amor que es nuestro Ser, un amor que se extiende para abrazar a todos sin excepción.

(V.7: 10-11) Mas tu mente se pronuncia en contra de tu aprendizaje, tal como tu aprendizaje se pronuncia en contra de tu mente, y así, te opones a todo aprendizaje y lo consigues, pues eso es lo que quieres. Pero puede que todavía no te hayas dado cuenta de que hay algo que sí quieres aprender, y de que lo puedes aprender porque eso es lo que has decidido hacer.

Jesús está describiendo la mente dividida. El tomador de decisiones quiere corregir con la mentalidad-correcta su error de elegir la mentalidad-errada y aprender del Espíritu Santo, lo que significa desaprender lo que el ego ha enseñado. Reconociendo el dolor de haber elegido la culpa, nuestras mentes tomadoras de decisiones eligen la Expiación, la única actividad natural para ellas. Este es el medio natural para volver a nuestro estado natural como espíritu, el Hijo de Dios tal como Él lo creó.

(V.8: 1) Tú que has intentado aprender lo que no deseas, debes animarte, pues aunque el programa de estudios que tú estableciste es en verdad deprimente, si lo examinas con detenimiento es simplemente ridículo.

Esto se refiere a nuestros hermosos ideales y motivaciones altamente

valoradas en el aprendizaje. Todos estos son ridículos, como lo son todas las cosas que tienen que ver con el especialismo. No son más que intentos maladaptativos de buscar y encontrar el amor, la paz y la comprensión donde nunca se pueden encontrar, en el mundo de la separación, la culpa y la ilusión.

(V.8: 2-5) ¿Cómo iba a ser posible que la manera de alcanzar un objetivo fuese no alcanzándolo? Renuncia ahora a ser tu propio maestro. Esta renuncia no te conducirá a la depresión. Es simplemente el resultado de haber evaluado honestamente lo que te has enseñado a ti mismo y los resultados que se han derivado de ello.

Jesús nos pide: "Mira abiertamente lo que tú, el ego, te has enseñado y lo

que el Espíritu Santo te está enseñando. Toma tu decisión basada en el egoísmo, en lo que realmente te hará feliz. Esto significa deshacer la culpa

que es la fuente de todo dolor, y elegir el sistema de pensamiento del perdón

que solo trae alegría. Mira a través de mis ojos a estos dos maestros y has

una evaluación honesta". Como él nos pregunta retóricamente en el Capítulo 23: "¿A quién que esté respaldado por el Amor de Dios podría resultarle difícil elegir entre los milagros y el asesinato? (T-23.IV.9:8).

(V.8: 6) Bajo las condiciones de aprendizaje adecuadas, que tú no puedes proveer ni comprender, llegarás a convertirte en un alumno y maestro excelente.

Jesús continúa: "Déjame enseñarte. Soy un excelente maestro y te haré mi

excelente alumno. A su vez, enseñarás a otras personas de manera excelente, porque estarás enseñando lo que has aprendido de mí".

¿Podemos imaginarnos no deseando esto de todo corazón?

(V.8: 7) Pero aún no lo eres, ni lo serás hasta que la situación de aprendizaje tal como la urdiste se invierta.

Hemos hablado de esto antes. La inversión del aprendizaje será provocada

por la cuidadosa estructura del programa de Un Curso de Milagros.

Esta

estructura es necesaria porque nuestra resistencia, que nace del miedo a la pérdida del yo, interfiere con nuestro aprendizaje de las lecciones simples de Jesús. Estas se reducen a la simple elección entre el dolor y la alegría, el aprisionamiento y la libertad, el infierno y el Cielo.

(V.9: 1) Tu potencial para aprender, debidamente entendido, es ilimitado porque te conducirá hasta Dios.

El potencial de aprendizaje está en la mente, en donde se encuentra el recuerdo de Dios. Por eso es que el objetivo del curso es hacernos de mente plena deshaciendo la ausencia de mente del ego, con Jesús guiando a sus alumnos desde lo limitado a lo ilimitado. La mente no puede hacer nada, porque la mente es todo lo que hay: en el Cielo como creadora del espíritu (nuestras creaciones), y en la tierra como fabricante de ilusiones (nuestras falsas creaciones).

(V.9: 2-4) Puedes enseñar el camino que conduce a Dios y aprenderlo, si sigues al Maestro que conoce el camino que conduce a Él y que sabe cómo se aprende Su programa de estudios. El programa está desprovisto de toda ambigüedad porque Su objetivo no está dividido y los medios y el fin están en completo acuerdo. Lo único que necesitas hacer es ofrecerle tu atención indivisa.

Esta atención indivisa es lo que Jesús quiso decir antes cuando dijo: "Vendré en respuesta a toda llamada inequívoca" (T-4.III.7:10), que ahora expande: "Debes elegirme solo a mí como tu maestro, no algunas veces a mí y otras al ego. Si divides tu atención entre nosotros, los objetivos de tu aprendizaje estarán en conflicto y creerás que la paz solo puede venir del triunfo, el amor se conseguirá por la seducción y la salvación será a expensas de otra persona". A través de su enseñanza, Jesús quiere que

aprendamos que, para lograr el objetivo de la paz, debemos aceptar los medios de perdón que él proporciona a todas y cada una de nuestras relaciones especiales.

(V.9: 5-7) Todo lo demás se te proveerá, pues la verdad es que quieres aprender debidamente y nada puede oponerse a la decisión del Hijo de Dios. Lo que él puede aprender es tan ilimitado como él mismo. Una vez más, no hay límite para lo que podemos aprender, ya que el recuerdo de lo ilimitado está dentro de nosotros. Parafraseando la línea que hemos visto dos veces antes (T-2.III.3:10; T-4.II.5:8): "Nuestra elección por la mentalidad-correcta es tan segura como Dios". Cualquier obstáculo aparente a esta elección descansa dentro de nosotros, y no hay poder en el universo que pueda cambiar o afectar lo que decidimos. Mientras tomamos la inevitable decisión en favor de Dios, Su Amor ya está ahí; a medida que nos abrimos para recibir Su regalo, éste se nos da.

El párrafo 6 en "La visión de Cristo" es una extensión de lo que mencioné brevemente antes en un pasaje sobre la generalización, que también se enfatizó en la Introducción al libro de ejercicios. Aprendemos a través de la generalización. Por ejemplo, en la escuela primaria no aprendimos a sumar, restar, multiplicar y dividir cada número en el mundo. Más bien, nos enseñaron a generalizar las operaciones de la aritmética básica a todos los números. Entonces, tampoco tenemos que perdonar a todos en el mundo, solo a nuestros socios en el especialismo. Aprendemos que lo que perdonamos en unos pocos, lo generalizamos a todos – el Hijo de Dios es uno. Como dice el libro de ejercicios: "Un hermano es todos los hermanos.

Y en cada mente se encuentran todas las mentes, pues todas las mentes son

una" (L-pl.161.4:1-2).

(VI.6: 1-3) Cada Hijo de Dios es uno en Cristo porque su ser está en Cristo, al igual como el de Cristo está en Dios. El Amor de Cristo por ti es Su Amor por Su Padre, que Él conoce porque conoce el Amor de Su Padre por Él. Cuando el Espíritu Santo te haya conducido finalmente hasta Cristo en el altar de Su Padre, la percepción se fundirá con el conocimiento porque se habrá vuelto tan santa que su transferencia a la santidad será sencillamente su extensión natural.

Cuando nos damos cuenta de que somos uno, tanto en la cordura como en la

locura, la percepción de separación se transforma en verdadera percepción.

Esto introduce al estado mental llamado el mundo real, el cual desaparece

instantáneamente en el conocimiento de Dios. La práctica diaria del perdón,

ver intereses compartidos en lugar de intereses separados, da fruto a este

dichoso estado.

(VI.6: 4) El Amor se transfiere al amor sin ninguna interferencia, pues ambos son uno.

El amor en nosotros es uno con el amor en nuestros hermanos, no está separado. Del mismo modo, las peticiones de amor en nosotros y en ellos

son una, no están separadas. Esto debe ser así porque el amor es uno. Cualquier interferencia percibida en la extensión natural de ese amor, por lo

tanto, debe ser ilusoria y requiere corrección, no juicio.

(VI.6: 5-7) A medida que percibas más y más elementos comunes en todas las situaciones, la transferencia del entrenamiento bajo la dirección del Espíritu Santo aumentará y se generalizará. Aprenderás gradualmente a aplicarlo a todo el mundo y a todas las cosas, pues su aplicabilidad es universal. Una vez esto se logra, la percepción y el conocimiento se vuelven tan similares que comparten la unificación de las leyes de Dios.

Como nuestro maestro, Jesús nos pide que le llevemos todo lo que nos perturba – pasado, presente y anticipado – y bajo su gentil guía aprendemos

que solo hay un problema. Nos ha molestado la misma cosa por veinte,

cuarenta, sesenta, ochenta años. Nada ha cambiado, porque aún exigimos que nuestras necesidades sean satisfechas – ahora – y hemos aprendido cómo hemos tratado a todos de la misma manera: aquellos que creemos que amamos y a los que creemos que odiamos. Jesús nos hace comenzar donde estamos, con lo que nos molesta o nos pone ansiosos, nos culpabiliza o nos estimula. Nos enseña a practicar el perdón con las personas y situaciones específicas en nuestras vidas, generalizando este aprendizaje en una transferencia del entrenamiento que es verdaderamente radiante en su iluminación. La palabra clave en este proceso es gradualmente, ya que debemos ser pacientes con nosotros mismos debido a la resistencia a aceptar la simple verdad de la salvación: nada se ha interpuesto entre nosotros y el Amor de Dios, ni entre nosotros y nuestros hermanos. Felizmente, el desenlace es tan seguro como Dios (T-2.III.3:10): la percepción nunca ha sido, y el conocimiento nunca ha dejado de ser. En caso de que perdiéramos el punto de Jesús, él lo repite en la apertura de la siguiente sección, "Introspección":

(VII.1: 1-2) Los milagros demuestran que el aprendizaje ha tenido lugar bajo la debida dirección, pues el aprendizaje es invisible y lo que se ha aprendido sólo se puede reconocer por sus resultados. Su generalización se demuestra a medida que lo pones en práctica en más y más situaciones.

Los resultados son sentimientos de paz, los cuales son inevitables una vez que comenzamos a entender que lo que sucede a nuestro alrededor no importa. ¿Cómo puede un mundo inexistente afectar la verdad de la Expiación de la mente? El Amor de Dios permanece dentro, y siempre somos libres de dejar que se extienda a través de nosotros para abrazar a los demás. La paz, entonces, es inevitable en todas las situaciones, incluso cuando las cosas parecen ser lo contrario de cómo pensamos que deberían

ser, donde se encuentra lo que estamos tentados a experimentar como intrusiones en nuestras vidas.

(VII.1: 3) Reconocerás que has aprendido que no hay grados de dificultad en los milagros cuando los apliques a todas las situaciones.

Bill Thetford a veces replanteaba el primer principio de los milagros como:

"No hay grados de dificultad en la resolución de problemas". Cada problema se resuelve de la misma manera, con un milagro. Cuando llevamos nuestras preocupaciones externas hacia adentro, del mundo a la

mente, nos damos cuenta de que nuestra dificultad radica solo en la manera

en que hemos estado mirando. Si no estamos en paz, no es porque alguien

nos la robó sino porque la arrojamos lejos. Todos los aparentes problemas

son los mismos, por lo que no puede haber grados de dificultad en su resolución: un problema, una solución.

(VII.1: 4) No hay situación a la que los milagros no sean aplicables ...

Podemos estar en paz independientemente de dónde estemos -

BergenBelsen (campo de concentra-ción nazi), Oriente Medio o el devastado

continente de África. Esta paz es el trabajo de curación del milagro, el cual

tiene sentido solo cuando entendemos que el mundo no es más que una

proyección del pensamiento equivocado de la mente. El pensamiento de

quiénes somos, nuestra identidad, ha sido eliminado de la Expiación que

nos recordaría nuestra Identidad como el Hijo de Dios. Para el ego, no somos el Hijo de Dios tal como Él nos creó, sino el de la creación errónea,

el hijo de su dios del miedo, el odio y el especialismo. El problema es siempre nuestra elección equivocada, no lo que es externo a la mente, y, por

lo tanto, no está allí: las ideas no abandonan su fuente.

(VII.1: 4) ... y al aplicarlos a todas las situaciones el mundo real será tuyo.

La transferencia final del entrenamiento es cuando nos damos cuenta de que todos los problemas son iguales, y cada fragmento aparentemente separado de la Filiación es uno. Al darnos cuenta de que el mundo físico es un sueño, como lo es el sistema de pensamiento del pecado, la culpa y el miedo, sabemos que no queda nada más que el alegre reconocimiento de que todo esto es inventado. Cuando realmente sabemos que estamos fuera del sueño, estamos en el mundo real, la zona fronteriza entre la ilusión y la verdad (ver T-26.III; L-pl.99.2:3). Permanecemos en este estado solo por un instante hasta que "desaparezcamos en la Presencia que se encuentra detrás del velo ... no para que se nos vea sino para que se nos conozca" (T-19.IV-D.19:1). Pasamos ahora al mundo real. Se menciona algunas veces en este capítulo, más en el siguiente, y luego a lo largo del resto del texto. Insinuado anteriormente, este maravilloso tema del mundo real se encuentra presente cada vez más a medida que se desarrolla nuestra sinfonía, en paralelo a nuestro viaje de la ilusión a la verdad. El mundo real (III.8: 1) He dicho antes [T-2.VII.5:14] que Dios amó tanto al mundo, que se lo dio a Su Hijo unigénito. Esta es otra referencia a la famosa frase del evangelio de Juan de que Dios amó tanto al mundo que le dio Su Hijo para salvarlo (Juan 3:16). Jesús repite su declaración anterior de que "Dios amó tanto al mundo que se lo dio a Su Hijo unigénito", es decir, el mundo real. Estrictamente hablando, por supuesto, incluso aunque Dios no nos da el mundo real, ya que es parte de la ilusión, es la corrección definitiva de elegir solo al Espíritu Santo

como nuestro Maestro, lo que cumple con nuestra única responsabilidad de aceptar la Expiación para nosotros mismos (T-2.V.5:1). (III.8: 2) Dios ama ciertamente el mundo real y aquellos que perciben la realidad de este no pueden ver el mundo de la muerte, Como el mundo de la muerte es parte del sueño del ego, aquellos que perciben el mundo real no pueden ver lo que no existe. Nuevamente, el mundo real, el cual todavía es parte del mundo ilusorio de la percepción, es ese instante santo cuando nos damos cuenta de que el mundo es un sueño. Vemos la separación, pero sabemos que no somos quiénes están ahí porque estamos fuera del sueño, como lo están todos nuestros hermanos. Cuando Jesús apareció en el mundo, él ya estaba en el mundo real. Por eso sabía que no estaba aquí, y por qué nada en el mundo percibido podría haber tenido algún efecto en él. Al estar en el mundo real, no era parte del sueño de odio y muerte del ego. Su presencia nos llamó a abrir los ojos y ver como él lo hizo. Un Curso de Milagros es otra forma de este mismo llamado "a despertar y a regocijarse" (T-5.II.10:5). (III.8: 3) pues la muerte no forma parte del mundo real, en el que todo es un reflejo de lo eterno. El mundo real no es lo eterno, lo cual solo se encuentra en el Cielo (por encima de la línea continua en la parte superior del gráfico). Sin embargo, refleja el Cielo porque solo ve la Expiación (no ha habido separación del Amor de Dios). El mundo real es el maravilloso resultado de elegir continuamente el juicio del Espíritu Santo en lugar del nuestro, de aprender que no es otro quien nos molesta, y generalizar este perdón a todos. Además, entendemos que la culpa que en última instancia perturbó nuestra

paz nunca sucedió en realidad, sino solo en los sueños de pecado de los

cuales ahora estamos despertando.

(III.8: 4-5) Dios te dio el mundo real a cambio del mundo que tú fabricaste como resultado de la división de tu mente, el cual es el símbolo de la muerte. Pues si pudieses realmente separarte de la Mente

de Dios, perecerías.

Como la muerte está fuera de la vida eterna, por definición, nunca podríamos estar fuera de la vida eterna ya que nuestro verdadero Ser es

inmortal (el principio de Expiación), por lo tanto, nunca podríamos morir.

Aceptar la Expiación, lo mismo que alcanzar el mundo real, significa aceptar nuestra vida eterna en Dios. Sin embargo, para aceptar esto, primero

debemos renunciar a nuestros apegos especiales al mundo:

(VI.3) Tú no deseas el mundo. Lo único de valor en él son aquellos aspectos que contemplas con amor. Eso le confiere la única realidad que jamás tendrá. Su valía no reside en sí mismo, pero la tuya se encuentra en ti. De la misma forma en que tu propia estima procede de

extenderte a ti mismo, de igual modo la percepción de tu propia estima

procede de extender pensamientos amorosos hacia el exterior. Haz que

el mundo real sea real para ti, pues el mundo real es el regalo del Espíritu Santo, y, por lo tanto, te pertenece.

Para recordar nuestro verdadero valor como el Hijo de Dios, aprendemos a

perdonar, llegando a aceptar lo único de valor en el mundo ilusorio del especialismo: aprender que no estamos en él. Al dejar de lado nuestros pensamientos no-amorosos sobre la Filiación, hacemos espacio para los

pensamientos amorosos de los intereses compartidos por los que Jesús nos

ha estado esperando pacientemente. ¿Puede el mundo real, entonces, estar

muy lejos? La visión de Cristo es el medio para esta aceptación y el recuerdo de Dios es el glorioso Fin.

(VI.4: 4-10) Los ojos de Cristo están abiertos, y Él contemplará con amor todo lo que veas si aceptas Su visión como tuya. El Espíritu Santo mantiene a salvo la visión de Cristo para cada Hijo de Dios que duerme. En Su visión el Hijo de Dios es perfecto y Él anhela compartir Su visión contigo. El Espíritu Santo te mostrará el mundo real porque Dios te dio el Cielo. A través del Espíritu Santo, tu Padre exhorta a Su Hijo a recordar. El despertar de Su Hijo da comienzo cuando él empieza a invertir en el mundo real, lo cual le permite aprender a reinvertir en sí mismo. Pues la realidad es una con el Padre y con el Hijo,

y el Espíritu Santo bendice el mundo real en Nombre de los Dos. La unidad de la realidad no puede ser conocida aquí, aunque su reflejo puede venir a nuestros ojos tranquilos a través de la visión de Cristo. Anhelando recordar a nuestro Padre, le pedimos a Su Hijo, Quien es nuestro

Ser, por la percepción del mundo real que nos despertará. Le llevamos nuestra visión distorsionada, nacida de nuestra necesidad de especialismo,

y en Su sanadora Presencia ella es purificada del odio, liberando el amor

que nos abraza a todos como uno. La inversión que habíamos puesto en el

sistema de pensamiento del ego ahora ha sido retirada y colocada en la

Expiación y en su visión del mundo real.

(VI.5: 1-5) Cuando hayas visto el mundo real – como sin duda lo verás – te acordarás de nosotros. Mas tienes que aprender el costo que supone estar dormido, y negarte a pagarlo. Sólo entonces decidirás despertar. Y entonces el mundo real aparecerá ante tu vista, pues Cristo nunca ha estado dormido. Cristo está esperando a que lo veas, pues Él nunca te ha perdido de vista.

Este es el quid de mirar el ego con Jesús. No es suficiente simplemente con

"mirar" porque eso en sí mismo no cura el problema. Implícito en este proceso de perdón está el que nos fijemos en el costo de elegir la separación

del ego en lugar de los intereses compartidos del Espíritu Santo. Se nos

enseña que el Espíritu Santo enseña a través del contraste (por ejemplo, T13.XI.4), y cuando reconocemos el amor y la paz que hemos arrojado lejos

por las nimiedades de las relaciones especiales del ego, la elección de despertar no ya no será una decisión a tomar. Bendecidos con la santa visión de Cristo, habremos aceptado lo que ya está y estará en el mundo

real:

(VI.5: 6-9) Él contempla serenamente el mundo real, que desea compartir contigo porque sabe que Su Padre lo ama. Y sabiendo esto, desea darte lo que es tuyo. Él te aguarda en el altar del Padre en perfecta paz, ofreciéndote el Amor del Padre en la serena luz de la bendición del Espíritu Santo. Pues el Espíritu Santo conducirá a todo el mundo a su hogar y a su Padre, donde Cristo les espera como Su Ser. El Hijo de Dios es uno. Cuando elegimos inequívocamente la visión en lugar del juicio, estamos en el mundo real con todos nuestros hermanos. No

puede ser de otra manera, ya que en el mundo real no hay separación, solo

el recuerdo de nuestro Ser unificado, el Cristo que Dios creó como uno con Él.

Cerramos con el último párrafo del capítulo, que resume muy bien nuestra discusión:

(VIII.8: 1) Dios te dio el mundo real en amoroso intercambio por el mundo que tú construiste y que ves.

La forma en que alcanzamos el mundo real es mirar el mundo que construimos y reconocerlo como ilusorio. Nosotros no podemos hacer esto

a menos que miremos a través de la visión del Espíritu Santo, como veremos más adelante. En efecto, nosotros intercambiamos nuestro mundo

por el que Cristo nos ofrece, y luego olvidamos el mundo de la ilusión y recordamos solo la verdad. ¿Cómo podríamos recordar la nada que nunca

fue, y mucho menos verla? Miramos a través de los ojos de la Expiación y

vemos nuestra percepción equivocada, en cuyo punto se deshace el error, y

su lugar es ocupado por la verdadera percepción que se disuelve suavemente en el conocimiento, el final del viaje:
(VIII.8: 2-9) Recíbelo simplemente de la mano de Cristo y contémplo. Su realidad hará que todo lo demás sea invisible, pues contemplarlo es una percepción total. Y al contemplarlo recordarás que siempre fue así. Lo que no es nada se hará invisible, pues por fin habrás visto verdaderamente. Una percepción redimida se convierte fácilmente en conocimiento, pues sólo la percepción puede equivocarse y la percepción nunca existió. Al ser corregida da paso al conocimiento, que es la única realidad eternamente. La Expiación no es sino el camino de regreso a lo que nunca se había perdido. El Padre nunca pudo haber dejado de amar a Su Hijo. Estamos de vuelta donde comenzamos, en la mente tomadora de decisiones que eligió contra la Expiación y por el ego. Habíamos descendido al loco mundo del dolor, el sufrimiento y la muerte, pero finalmente nos dimos cuenta de la locura y elegimos la cordura del retorno, el camino del milagro que transforma la percepción. El mundo redimido desaparece suavemente, y estamos en casa, donde Dios quiere que estemos (T-31.VIII.12:8). Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth Wapnick.
Traducción al Español por Daniel Bezveselny
Grupo de estudio en Telegram